



CONCURSO GANDALF 2017

1° Lugar

Hóperes, porque alguien tenía que hacerlo

Autor: E. Albanese

La primera vez que conocí a Hóperes, venía sujeto de la mano de Mutaizeh, escondiéndose parcialmente a sus espaldas. Por aquel entonces el muchacho aparentaba unos diez u once años; su mirada era la de un niño asustado y sus ojos cafés, casi rojizos, miraban por igual el nuevo lugar como al adulto que le acompañaba.

Debo decir que Mutaizeh había sido mi único amigo durante mucho tiempo, era cómo un hermano mayor, cómo un padre. Cuando me dejó para viajar por el mundo lo extrañé cada noche y cuando volvió con este muchacho, a quien aparentaba querer tanto... me sentí ridículamente celoso.

Mutaizeh se quedó con nosotros casi una semana antes de tener que partir de nuevo. "Tengo asuntos que atender, cuida a Hóperes por mí". Desde luego eso no iba a ser necesario, pues él ya se había encargado de que le diesen una habitación y de incluirlo en clases de idiomas, y otra de matemáticas; no teníamos que vernos para nada.

Usualmente comíamos juntos, pero nunca hablábamos. Se me dijo que el muchachito no pasaba tiempo con nadie y que una vez terminadas sus clases particulares se las arreglaba para ir a su habitación y encerrarse a leer hasta que fuese hora de comer o de ir a estudiar de nuevo. Yo no tenían ningún interés en él, casi sentía desdén por él. De modo que nunca sentí la necesidad de hablarle. Fue por esto mismo que tuvo que ser él quien dijese la primera palabra.

Se me acercó una tarde después del almuerzo, me dijo un "hola" tímido y me llamó "Dou". "Mi nombre es Doucorer" le hice saber, pero el muchacho no pareció entender mi antipatía y continuó explicándome que necesitaba mi ayuda, que Mutaizeh le había dicho que me hablara si necesitaba algo. "¿Hablas la sercom fari?", me dijo. Me tardé un momento en darme cuenta de que estaba hablando en dos idiomas. Él muchacho se corrigió poco después de que yo me diese cuenta "lengua madre" dijo. "Mutaizeh me dijo que hablabas la lengua madre"; le contesté que sí, que hablaba la original y él me contó que quería que le revisase un texto que debía escribir para su clase. Creo que fue más que nada por la curiosidad que sentía respecto a cuanto le había contado Mutaizeh de mí, que accedí a ayudarlo.

El escrito que debía entregar era una autobiografía. El muchacho nunca había escrito alguna y seguramente nunca había escrito nada, pues la letra era desordenada, fea, algo ilógica, y prácticamente ilegible. El documento que me mostró aquella vez es el siguiente:

Recuerdas perfectamente el primer momento en el que abriste los ojos, una paleta de grisáceos colores inundó tu cerebro y las primeras informaciones que tu nariz captó poco después los hicieron infinitamente más complejos.

No miedo, no valor, solo asombro y curiosidad, inocencia en su más puro estado, un ser casi completamente formado que reconocía por primera vez las cosas que le rodearon.

Saboreaste un líquido, uno muy dulce, y luego escuchaste por primera vez las voces de las personas, sonidos confusos y sin significados que guardarías por siempre no con ira ni resentimiento, solo cómo los primeros momentos de tu vida.

Sentiste el calor de la primera persona que te sujetó, quisiste aferrarte a él tal cual cómo lo hace un recién nacido, al fin y al cabo, nacido o no, todo ser viviente lucha por aferrarse a la flama de la vida.

Te abandonaron en una celda individual, junto con cientos de ruidos y gemidos; era lo único que conocías y asumiste que eso era real, y junto con esas cientos o miles de voces agonizantes, te pusiste a gemir cómo un ser que clama por su vida pues es lo único que conociste y lo que creías natural.

Con el tiempo aprendiste a beber agua y lo mucho que la necesitabas, y aprendiste también, lo mucho que necesitabas la comida, entonces descubriste cómo quitarte de encima esas sensaciones dolorosas que te invadían y te sentiste en el paraíso, no necesitabas nada más, solo comer, dormir y existir.

Sin embargo, cómo todo en todo el tiempo, se te fue arrebatada esta paz, pero sin que te dieras cuenta.

Unos cálidos y antisépticos brazos te sujetaron, temerosos, pero amables; con un cariño que te era desconocido. Te acurrucaste a la fuente de calor, y descubriste entonces lo mucho que la necesitabas, descubriste que también te hacía falta para sentir esa paz. Aquellas dudosas manos comprobaron que no eras un peligro y te apartaron de lugar que había sido tu hogar. Abandonaste los gritos y gemidos; y los extrañaste, sentiste que te quitaban una parte de tu ser, pero no quisiste gritar o hacer cualquier cosa para que te devolvieran a ese lugar, solo querías permanecer cerca de ese tibio fuego.

Entonces te examinaron, vistieron y te dieron una jaula más grande, una sin barrotes, y una cama a ras de suelo dónde podías acostarte, entonces conociste lo suave, y nunca más quisiste alejarte de aquello.

Los días pasaron, comías y bebías, y te acurrucabas buscando conseguir esa llama que te faltaba, a veces la conseguías, cuando cerrabas los ojos por mucho tiempo, entonces sentías cómo te levantaban y por un momento percibías aquello que añorabas, solo para darte cuenta de que eso nunca ocurrió de nuevo. Entonces descubriste el sueño, y descubriste que dormir también traía consigo cosas maravillosas, pero no quisiste dormir si no hacía falta, solo querías tener esas cosas maravillosas contigo, en la vida real.

Con el tiempo viste que tus captos caminaban en dos patas, eso hiciste y pusiste su atención sobre ti. Los imitaste buscando que alguno de ellos te sujetara, y lo lograste, no pasó mucho tiempo para que esa sonrisa vivaz pasara a ser otra cosa de tu lista de necesidades, para que esa suave piel tersa y aquel suave busto se convirtieran en el lugar más cómodo de tu mundo. Viviste junto a ella tu infancia, cinco años dónde aprendiste a hablar, correr, a reír, y a añorar y valorar el conocimiento, en poco tiempo aprendiste a escribir y sumar, también a multiplicar, en tus tardes de ocio solo jugabas con las palabras y los números, los tratabas cómo conceptos reales y esperaste con ansias el día en el que pudieras tocar el amor y saludar al uno.

Luego te diste cuenta de que el amor no se toca ni se ve, si no que se siente, y que los números no se observan ni se saludan, si no que se usan.

Caíste en el mundo de la duda y todo lo que creíste cierto se derribó por primera vez, pero no te importó, no serían muchas cosas y asumiste que cambiar tu perspectiva era algo natural.

Entonces maduraste, en parte, ya no viste el mundo cómo un bebé, sino cómo algo más consiente, esa figura que te había estado enseñando todo ese tiempo se transformó en la única cosa que te importaba, gracias a su cariño, pudiste decir que era tu mamá.

Aquellos primeros momentos de la vida, los que mejor se recuerdan, no pueden simplemente ser tachados de buenos o malos, solo de perfectos, porque para ti eso era perfecto, dónde no te importaba nada ni nadie, y dónde tus ojos inocentes no podían ver el futuro que llegaría.

¿Cuándo fue que también te quitaron a tu madre?, por aquel entonces no conocías las horas ni los meses, recuerdas con amargura el momento en que esas personas te arrebataron de sus brazos y un dolor punzante inició malestares horribles en tu cuerpo, lloraste por primera vez, y no entendiste que eran las lágrimas, aquella gente te estaba haciendo daño, daño que ahora que has madurado sabes que es real, tu madre se acercó y pidió a gritos que te dieran el “antídoto”, pero las personas que reían nada hicieron al respecto, tu espalda se quebró y sentías un nuevo peso salir de ella, todos retrocedieron aterrorizados y entonces sonaron las sirenas, tu saliva se volvió roja y repugnante; y la escupiste porque no querías ese sabor en tu boca “Agua, Agua” clamaste, pero nadie se acercó, luego tu vista se nubló, y un escozor en toda tu piel te hizo desear volver a los momentos antes de abrir los ojos.

Luego el peso de tu espalda aligeró, y el escozor bajó lentamente, entonces en tu corazón, no el sentimental, el real, pudiste sentir una aguja atravesándolo de lado a lado, tu respiración se aceleró, y al mismo tiempo que los científicos aplaudían y decían “Lo conseguimos” o “finalmente”, tu gritaste “¡¿Dónde estoy?, ¿Qué es todo esto?, ¡¿Por qué me duele tanto?!”, gritos que serían repetidos hasta el cansancio por las criaturas que todos pensaban solo sabían gemir y gritar de dolor.

Nunca te habías dado cuenta, pero había muchos otros parecidos a ti, muchos otros que lucían también cómo esa gente. Pero por alguna razón a esa gente solo le importaba lo que tu hicieras, y a tu madre solo le importaba lo que a ti te ocurriera.

Fue en algún momento, cuando no tenías más de seis años que te dijo que había todo un mundo más allá de tu jaula y más arriba de aquel frío techo, te dijo que quería que salieras, tú tenías miedo, pero querías conocerlo con ella.

Entonces, en una de esas veces cuándo las luces se apagaban, un rugido ensordecedor, cómo de un animal cien o mil veces más grande que tú, despertó a todos de golpe. Luces rojas se encendieron y un ruido grave e insoportable sonó por todas partes. “Si alguna vez escuchas la alarma debes salir corriendo”. Eso hiciste, corriste cómo pudiste por entre una multitud de criaturas repugnantes que entorpecían tu andar, viste cómo el techo cedió y pudiste ver por primera vez el oscuro cielo nocturno, desolado y moviéndose en todas direcciones. Querías salir, pero ella te faltaba, en lugar de hacer lo que te dijo y salir de ese lugar, corriste a buscarla sin dar con ningún resultado, el rugido de ese animal empezó a sonar más fuerte, y el aire venció a tu peso y te levantaste por los cielos a una muerte segura, pero no moriste. Una vez ahí, viste cómo cientos sino miles de cosas bailaban al compás de aquel rugido infernal, no entendías nada, pero entonces, por primera vez sentiste miedo, no podías ver nada, cerraste los ojos desde el primer momento que algo entró en ellos causándote un dolor hasta ahora desconocido, uno de los objetos que ahí estaba chocó contigo, con tu cuello, y cortó la parte izquierda de este, empezaste a perder sangre, y supo el cielo que morirías, pero no lo hiciste, sentiste de nuevo el peso en tu espalda, y luego de unas horas fuiste arrojado lejos de ese lugar, el golpe te quebró varios huesos y hubiera matado a quien sea, pero no moriste; abandonado en un lugar desconocido, sin agua ni comida, con un frío desollador, sin nadie ni nada en que acobijarse, te sentaste por días esperando a que alguien te sujetara, pero eso no ocurrió, pasaron muchos más días, más de los que quisieras contar, entonces un extraño te encontró, se asombró mucho al verte, te tocó, sentiste sus manos cálidas en tus mejillas, “¿Cuánto tiempo llevas aquí?”, no entendiste lo que dijo

aquella vez, así que solo levantaste tus manos con los dedos extendidos intentando aferrarte al extraño, “¿Tanto tiempo? Cualquier otro niño hubiera muerto” pero no lo hiciste.

La primera vez que lo leí no me llamó tanto la atención como la hace ahora, pero me había parecido bonito. Había usado metáforas complejas y alegorías extrañas que volvían el texto algo subjetivo, pero interesante. Cuando le hice notar que había confundido el pronombre formal de primera persona con el informal de segunda se sintió algo avergonzado y escribió de nuevo todo. Cuando hubo terminado y comencé a preguntarle por el significado de las metáforas se confundió y luego me confundí yo.

Tardé largo tiempo en darme cuenta de que no había ninguna metáfora, y que el hombre que lo sujetaba al final del texto no era Mutaizeh, era una persona cualquiera “que me cuidó un tiempo” según él. Me di cuenta de que cuando decía que recordaba cuando nació se refería literalmente a que lo recordaba. Y ahora que escribo no puedo evitar mencionar que el orden en que sus sentidos empiezan a funcionar es exactamente el opuesto al que se supone que lo hacen normalmente. “Este joven tiene algo extraño”. Algo que seguramente fue la razón para que Mutaizeh lo trajese desde el mundo humano. “Este niño oculta cosas” y yo quería descubrirlas.

“Un rugido ensordecedor, cómo de un animal cien o mil veces más grande que tú” ¿Qué podía significar aquello? Desde luego era algo poco común, pero me tardé poco tiempo para relacionarlo con un huracán. Eso explicaba lo de “el aire venció a tu peso y te levantaste por los cielos” eso seguro.

Investigué los últimos huracanes que habían ocurrido dando cómo sitio, a mi juicio, más razonable el Monte Del Inicio, la montaña más alta del mundo, en la cordillera del Sol. Llegué a esa conclusión pues inmediatamente después, el texto hablaba de un frío desollador.

Cuando le quise preguntar al muchacho sobre eso, él me dijo que no conocía el nombre del lugar, también me dijo que no sabía lo que era un huracán. Cuando se lo describí, su “creo que es eso” me dejó insatisfecho y con ganas de seguir investigándolo.

Le pregunté entonces por el modo en el que había conocido a Mutaizeh. “Caminé - me dijo él - hasta la costa, porque tenía que caminar hasta allá; luego me quedé esperando, porque tenía que esperar; luego llegó y me invitó a comer, y lo seguí porque tenía que seguirlo; luego ayudamos a buscar gente, y ayudé porque tenía que ayudar; y luego llegamos a un laberinto con más direcciones que las posibles y unas hadas pelearon, y nos protegí porque tenía que protegernos”, “Hadas”, pensé en voz alta y le interrumpí, me miró extraño y le expliqué: “Hace milenios que las hadas están extintas”. “Mutaizeh dijo lo mismo - me contestó, y calló. Le pedí que continuase y continuó - cuando dejé de protegernos, un hada nos guio a una piedra, y la seguimos porque teníamos que seguirla; y cuando Mutaizeh la tocó, la piedra brilló y las hadas se calmaron”.

Hadas, piedras mágicas y laberintos multidimensionales, que tontería. Claramente me estaba mintiendo. Seguramente leyó, en su libro de historia, alguna cosa poca sobre los elfos, y habrá tratado de convencerme de algo sin saber que los elfos estaban extintos. Lo dejé solo y caminé a mi habitación, volví a preguntarme que podía tener ese niño de especial y pensé “Elfos extintos... pero... ¿Y si no lo están?”. Me dije que era un pensamiento sin razón de ser, cerré los ojos, y me dormí.

Desperté, iluminado con una respuesta, “Demonios” pensé, y de pronto las cosas cobraban sentido. ¿Qué podían ser las hadas si no experimentos fallidos de los ángeles rebeldes que intentaron crear su propio ejército?, ¿Qué podía ser el viento fuerte y el rugido si no el huracán y el terremoto que Earis generó para poner a estos seres en libertad?, ¿Qué podía ser el lugar frío del que el muchacho hablaba si no algún lugar de la cordillera del Sol donde este huracán había ido a parar?, ¿Qué podía ser ese niño si no una criatura creada en engaño y traición?, ¿Por qué Mutaizeh la traía?, ¿Quién era él, a pesar de gobernante,

para traer, sin avisarle a nadie, a este monstruo de fas falsa, de máscara inocente, a la santa torre de Konselaido?

Salí de mi habitación. Lintes me vio, me llamó; alcé la vista para mirarla, “Que bueno - dijo - que hayas hablado con Hóperes, a Mutaizeh le hacía ilusión que se llevaran bien”. Mi rabia solo aumentó al oírla, quise gritarle lo que había descubierto, quise recriminarle que hablase de Mutaizeh, ella no lo conocía, ¡Yo lo conocía!, quise decirle que el niño era un monstruo, quise que se lo llevaran, que lo matasen tal como le correspondía. ¡Quería que Mutaizeh volviera de verdad, y no para irse dejando esta bestia!

Caminé entonces, y bajé la escalera, seguí caminando, y bajé la otra, caminé de nuevo, y bajé la otra, la otra y la otra. Estando frente a su puerta, toqué, y él me abrió, sus ojos se cruzaron con los míos, y vi alegría en ellos, y vi sus pecados reflejados en su seño inocente, inmaculado de odio y lleno de desdichas. La abracé, me retiré y cara a cara lo miré a los ojos, “Nadie puede tener el pecado de nacer demonio”, me dije.

Y desde entonces, somos hermanos. Y yo, Doucorer, Representante número treintatrés de Alnisam, la de los fieles corazones, no voy a dejar que nadie, jamás, siquiera piense en hacerle daño.

2° Lugar

Pahueldún

Autor: Zygaro

Isla Grande de Chiloé, Chile

2017

La eterna lluvia de la isla pareció amainar con la salida del sol. Los goterones golpeaban las enormes hojas de nalca con una cadencia pausada, como pequeños tambores, a los que pronto se unió el rítmico trino del chucao.

La creciente sinfonía pronto alcanzó al árbol caído en medio del bosque, el enorme pellín recostado sobre una cama de musgo, oculto entre la vegetación desde antes que el hombre llegara a la isla. El tronco estaba hueco. Y habitado.

Una criatura achaparrada y deforme abrió los ojos con los sonidos de la naturaleza. Se levantó rápidamente, golpeándose la cabeza con el techo y escupiendo una maldición en griego. Aún sobándose la calva entre los cuernos, hizo a un lado el montón de odres vacíos que ocupaban el resto de la cama y se levantó.

Clac clac.

Las pezuñas repiquetearon contra el suelo de madera. El ser cerró los ojos con fuerza para espantar la resaca. Dio un par de pasos con los ojos cerrados (Clac clac clac) antes de tropezar con algo que emitió un sonido hueco.

Su guitarra.

La recogió con cuidado. Desde el exterior aún le llegaba el tamborileo de la lluvia y el trino de los pájaros. Caminó en círculos tentativamente, sumando el sonido de sus cascos a la música del bosque. Luego empezó a rasguear.

Clac, clac. Clac, clac...

No siempre a esta isla llamé yo mi hogar

Hace un par de años viví en otro mar.

Me ahogaba en bebida, comía hasta el empacho

Hasta que un buen día llegó mi muchacho.

Creta, Grecia
ca. 11000 a.C.

Sileno, padre de sátiros, oráculo y ebrio profesional, disfrutaba el sol de la isla junto a sus hijos mientras acariciaba su burro. Debido a la enorme panza, prueba inequívoca de su vasta experiencia catando vinos y otras delicias, tenía bastantes problemas para caminar sobre sus retorcidas patas de chivo, razón por la cual mantenía siempre cerca a su fiel montura. Se encontraba trenzando la brillante crin del corcel cuando uno de sus hijos subió la cuesta corriendo.

“¡Padre! ¡Padre, tenemos visita!”

Una destartalada barca acababa de atracar en la arena. El solitario navegante, un hermoso niño de helénicas facciones y ondulado cabello, se dejó caer de la nave y quedó tendido boca arriba en la playa. Abrió los ojos cuando algo tapó el sol, y contempló el peculiar eclipse provocado por la barriga de Sileno. “Bienvenido, forastero,” sonrió el sátiro, lanzándole un odre de vino. “¿Cómo debo llamarte?”

El joven atrapó el odre al vuelo y lo vació de un rápido trago. Secándose los labios con el dorso de la mano, respondió a la sonrisa de su hospedero.

“Lámame Dionisio.”

Clac, clac. Clac, clac...

Dionisio el hermoso, dos veces nacido
¡Mi más fiel alumno! ¡Jamás fue vencido!
Llegó hasta mi isla huyendo de Hera
Su madre adoptiva, asesina y artera.

Sicilia, Italia
ca. 8000 a.C.

El burro y sus trenzas se quedaron en Creta cuando maestro y pupilo huyeron de la isla. Sileno se aseguró de ocultar lo mejor posible a los demás sátiros, desperdigándolos por el mundo como las semillas de un diente de león. Semillas desperdigadas. Ésa sí que es una buena forma de referirse a mis hijos, pensó con malicia.

“¡Sileno!” llamó Dionisio desde la montaña. El ensordecedor estruendo de los temblores ahogaba sus palabras. “¡Sube a ver esto!”

El viejo sátiro se levantó con dificultad. Había bajado de peso desde el inicio de la guerra, huyendo de gigantes y dioses por igual. Pero nunca había logrado escapar de la artritis.

“Sabes... perfectamente... que odio... las malditas... montañas,” gruñó entre jadeos al alcanzar la cima. Un nuevo remezón lo obligó a apoyarse en el pino solitario que coronaba la loma.

Dionisio miró sus retorcidas patas por encima del cáliz del que bebía. Sileno acostumbraba a envolver sus pezuñas con vendas de lino empapadas en aceites aromáticos, lo que supuestamente ayudaba con el dolor.

“¿Cansado, viejo?” preguntó con una sonrisa. El sátiro escupió a sus pies. Un esputo morado, por supuesto.

Dionisio tomó su vara para caminar, un cayado de blanco abedul, y se acercó al árbol en el que se apoyaba el viejo. Desatando el trozo de tela que usaba al cinto, tomó una piña del suelo y la amarró al bastón. Luego lo acercó a sus labios y susurró un par de palabras.

“¿Un tirso? Ya tuve uno de esos,” rio Sileno.

Su pupilo le entregó el cayado. Al tomarlo, el dolor de sus articulaciones pareció remitir, y el bastón ganó algo de peso. De presencia.

“Una filacteria,” sonrió Dionisio. “Para que no te vuelvas aún más feo, viejo.”

La respuesta del sátiro se vio interrumpida por un temblor aún más intenso que los anteriores. Las olas golpearon con fuerza las rocas de la playa. Una sombra cubrió el sol.

Maestro y alumno se miraron, dieron un último sorbo al vino y corrieron hacia la playa.

Clac, clac. Clac, clac...

Si un dios va a la guerra es algo terrible.

A luchar con gigantes, ¡Peor, imposible!

El chico aprendió el poder de familia

Cuando Atena a un gigante aplastó con Sicilia.

Mar Jónico, Mediterráneo

ca. 1200 a.C.

Sileno maldijo en griego cuando el viento amainó y su pequeña embarcación quedó flotando a la deriva en medio de la nada. Tenía cierta influencia sobre la naturaleza – podía, por ejemplo, engatusar a alguna náyade errante para que empujara el bote – pero no estaba dispuesto a llamar la atención de Poseidón, y menos aún tras todo ese asunto en Ilión.

El clima político se había vuelto tan tempestuoso entre mortales y dioses que el viejo sátiro había decidido recluirse en su nueva isla por un par de siglos, para empezar. Y por supuesto, el chico había elegido ese preciso momento para hacerse capturar por piratas. Entre garabatos y maldiciones, Sileno había tomado su bote más ligero y partido tras su pupilo.

Y aquí estaba, en medio de la nada. Ofuscado, abrió uno de los toneles de vino que había colocado en la proa como contrapeso (el bote hacía agua cada vez que se paraba en la popa, junto al timón). Se sirvió una copa y la bajó de un trago, decidido a beber hasta quedarse dormido.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando despertó encallado en las arenas de una isla pequeña. Ocultó la embarcación con un par de ramas y partió tierra adentro, apoyado en el tirso que le obsequiara su desaparecido pupilo.

“¡Dionisio!” gritaba el viejo con voz ronca. Las montañas le devolvían el llamado.

Dionisio... Dionisio...

“¡Muchacho indolente! ¡Ebrio, crápula! ¡Mi alumno más aventajado! ¡Dionisio!”

Dionisio... Dionisio...

A su lado, un par de piedrecillas cayeron por la ladera. Ilusionado, el sátiro alzó la mirada. “¿Dionisio?”

“¡DIONISIO!” le gritó la montaña en la cara.

El montón de rocas junto a las que caminaba se movió para revelar una enorme mano que lo tomó de los cuernos. La montaña se lo acercó a la cara, observándolo con un único ojo amarillo. Con la otra mano le apuntó a la barriga. “¿DIONISIO?”

“No, mi buen cíclope,” explicó el sátiro, evitando aspirar el fétido aliento. “Mi nombre es Sileno.”

“SILENO,” repitió el monstruo, asintiendo. Luego se golpeó el pecho con el puño. “YO POLIFEMO.”

“Polifemo, encantado.” Aun colgando de los cuernos, y ya que el cíclope no mostraba señales de bajarlo, Sileno carraspeó. “Busco a un hombre... un amigo. Quizá lo hayas visto pasar. Alto, delgado, apolíneo...” Polifemo lo observó con cara de idiota. “... Pelo rizado,” agregó Sileno, haciendo tirabuzones con los dedos alrededor de su cabeza.

“¡AH!” dijo el cíclope, asintiendo. Se dio la vuelta y comenzó a caminar, con el sátiro aun colgando de los cuernos en su mano derecha.

Unos minutos después llegaron a una pradera. Polifemo apuntó a las ovejas que allí pastaban. “DIONISIO,” dijo, haciendo espirales con el dedo alrededor de su enorme cabeza. Sileno sollozó.

“No, no, monstruo estúpido...” fue lo único que alcanzó a decir antes que el cíclope lo sujetara frente a su cara, frunciendo el ceño de su único ojo.

“¡NO ESTÚPIDO! ¡SÓLO PADRE LLAMAR ESTÚPIDO! ¡TÚ APRENDER RESPETO!”

Y con eso, lo lanzó al fondo de una cueva.

Sileno no sabía cuánto llevaba encerrado en la red de cavernas. Afortunadamente, el cíclope no se había molestado en quitarle sus pertenencias, por lo que al menos el tirso hacía más soportable el dolor de sus piernas. Había descubierto una pequeña grieta en la pared de la cueva que daba a las residencias del monstruo, las que compartía con el redil de sus ovejas. Sileno había aprendido que no era el único cíclope que vivía en la isla, pero sí el más grande, y por ello el líder.

El viejo sátiro ya comenzaba a lamentar la claridad de sus pensamientos por el tiempo que llevaba sin beber, cuando algo llamó su atención. Su captor discutía con alguien en la entrada.

“YO POLIFEMO. ¿QUIÉN TÚ?”

“Mi nombre es Nadie,” contestó el extraño.

Clac, clac. Clac, clac...

Contó ya esta historia Homero el Poeta

De cómo Odiseo alzó su saeta

Cegando certero al brutal Polifemo

Y así, sin saberlo, soltando a Sileno.

Frigia, Anatolia

ca. 700 a.C.

Dionisio avanzó por el salón del trono entre estatuas de oro representando fuentes de fruta, animales, e incluso personas. La expresión de terror en cada una de ellas (exceptuando las fuentes de fruta) lograba tal realismo, que el dios comprendió inmediatamente qué sucedía con el rey.

“Me encanta tu trabajo,” sonrió, asintiendo. “Evoca la obra de la antigua escultora, Medusa. ¿Sabías que terminó perdiendo la cabeza por su trabajo?”

El demacrado rey tosió desde su trono dorado. “Por favor, mi señor,” murmuró con voz débil. “Fui educado con tu mentor. Diez días y diez noches lo agasajé con los mejores manjares de mis tierras, las más exquisitas cepas de mis viñedos...”

“¿Y por qué te castigó así, entonces?” preguntó Dionisio, bebiendo de una copa de oro.

“Por mi ambición,” respondió el rey. “Por mi necedad.”

El dios arrastró una butaca de oro por el dorado suelo de la estancia, y se sentó frente al rey cruzando una pierna sobre la otra. “Cuéntame,” solicitó, llevándose la copa a los labios.

Un mensajero subió los escalones de madera hasta el trono de marfil. “Mi rey,” comenzó. “Hemos atrapado un intruso cerca del palacio. Sólo traía esto.”

El soldado extendió un cayado blanco con una piña en la punta. El rey abrió mucho los ojos.

“Tráiganmelo.”

Sileno había bebido más en diez días que todo el palacio en diez meses. Aun así, el rey no lamentaba la pérdida. Frigia prosperaba bajo su mandato y, si sus suposiciones eran correctas, se avecinaba otra era... dorada. Sí, ésa era exactamente la palabra que buscaba.

“Entonces, mi rey,” escupió el viejo sátiro entre huesos de pollo. “Sin duda me has recibido mejor de lo que merezco. Me habría encantado conocer a tus hijas, aunque ese es otro asunto.”

El rey arriesgó una mirada furtiva hacia la torre del castillo. Sileno pareció no notarlo, concentrado como estaba en arrancar la manzana de la boca del cerdo asado.

“Y yo soy un invitado agradecido, no como esos dioses que se consideran dueños de todo,” continuó entre dientes, liberando al fin la fruta. “Dime,” susurró, tendiéndole la roja manzana, “¿Qué deseo pedirás como agradecimiento por tu hospitalidad, Midas?”

“Fui un estúpido,” sollozó el rey. Se movía libremente bajo sus rígidos ropajes de oro, claramente fabricados para alguien de mayor contextura. “Pero ese es mi único pecado.”

“Estoy de acuerdo, mi rey,” dijo Dionisio, arrojando la copa al otro lado del salón. “Da la casualidad de que mi maestro me contó la misma historia. Cree que ya aprendiste tu lección, y me envió a ayudarte. Con sus disculpas”

El rey bajó la mirada, sollozando, y un par de pepitas de oro tintinearón contra el suelo.

Clac, clac. Clac, clac...

A veces fui injusto, es cierto, lo acepto
Mas a mi linaje yo me encuentro afecto
Y que no se diga que no enmendé entuerto:
Frigia, o Turquía, al presente no han muerto.

Puerto de Palos, España

1492

Sileno caminó tan rápido como le permitían sus retorcidas piernas, fingiendo interés en un espejo expuesto en el mercado para echar una mirada a su espalda. Sus perseguidores lo habían rastreado por toda Andalucía. Hacía un par de meses creyó estar a salvo al esconderse en la Iglesia de San Jorge, donde había logrado hacerse pasar por el cura; lamentablemente, su creatividad al idear penitencias para las pecadoras confesas había terminado por levantar sospechas, y esta misma mañana apenas había alcanzado a huir por la ventana. Ganó algo de ventaja cuando los inquisidores tropezaron con los ropajes abandonados de la madre superiora y un par de monjas que en ese momento expiaban sus pecados, pero habían terminado por alcanzarlo en el mercado del puerto.

Se quitó la birreta eclesiástica que usaba para ocultar sus cuernos y echó mano de un sombrero de ala ancha que colgaba de un puesto cercano, justo en el momento en que uno de los inquisidores doblaba la esquina.

“¡Ahí! ¡Alto ahí, trasgo!”

Sileno agachó la cabeza y anadeó entre los puestos, perdiéndose entre la multitud. Sabía que se estaba quedando sin opciones. Los inquisidores comenzaban a investigar puesto por puesto, haciendo a un lado las cortinas y echando abajo los cestos de mercancía.

El sátiro tomó una profunda bocanada de aire, se dio la vuelta y corrió hacia el puerto. Su suerte inherente lo ayudó una vez más, y nadie se interpuso entre él y la tablilla de embarque que llevaba a una de las tres carabelas que aguardaban en el muelle.

Clac, clac. Clac, clac...

Tras un par de meses de moral en picada
La fe en esta empresa fue recompensada.
Gritaba el vigía, ¡Tierra a la vista!
Y allí yo pensaba, ¿Que no es otra isla?

Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, Guatemala

1773

Los temblores habían aumentado de magnitud en el último par de meses, pero Sileno se mantenía tranquilo. No sólo había logrado recuperar su trabajo como un miembro honrado y esforzado en la jerarquía de la Santa Iglesia Católica, lo que le aseguraba hospedaje en uno de los resistentes conventos eclesiásticos; también se había enamorado perdidamente de una muchacha. De hecho, se había enamorado perdidamente de tres muchachas. En la última hora. En el confesionario.

Pero el viejo sátiro había aprendido su lección hacía tiempo, y los años le habían quitado algo de temeridad, templando su paciencia. Su paso por México, aparte de una bonita colección de sombreros, le había dejado cierta habilidad con la guitarra, y Sileno era un fuerte creyente en la idea de que la práctica hace al maestro. Así que por las tardes trenzaba la crin de su mula y practicaba sus acordes, y por las noches tomaba uno de sus enormes sombreros, una manta para camuflarse en las sombras, y partía a repartir serenatas por la ciudad. Hasta el día en que la confesa de turno no acudió a comprobar la habilidad del famoso cura.

“Padre,” comenzó la muchacha entre toses. “Confieso que he mentido a mi familia.”

“Habla, pequeña, y calcularemos tu penitencia,” se relamió Sileno.

La joven sollozó. “Padre... el galeno me ha encontrado un mal de muerte. Conseguí que prometiera no decírselo a mi familia. Somos pobres, el último temblor espantó al ganado, y mi padre no podría pagar el tratamiento de todas formas. Si intentan comprar la medicina, mis hermanos no tendrán qué comer.”

Sileno quedó de piedra. Su astucia se negaba a encontrar una forma de aprovecharse de la situación. Sólo logró articular un par de palabras para calmar la conciencia de la muchacha antes de cerrar el confesionario por el día.

Le dio vueltas a la historia durante toda la tarde. Al fin decidió intentar algo que nunca había hecho: usar sus habilidades naturales para el beneficio de otro.

Por la noche se metió en la casa de la muchacha; un sutil encantamiento la mantuvo dormida, y trenzó su largo cabello mientras tejía un sortilegio de salud a su alrededor. No sabía si funcionaría. Maldita sea, siglos de vida y nunca lo había intentado.

El cielo empezaba a clarear cuando terminó su tarea. Como no había salido en calidad de donjuán se había dejado el sombrero en el convento, y el padre de la muchacha alcanzó a vislumbrar a un enano cornudo y retorcido bajando por la ventana de su hija. Se lanzó contra él y logró arrebatarse el extraño bastón que portaba; la criatura intentó huir y, en un ataque de rabia, el hombre lanzó el cayado contra el suelo. El engendro cayó inmediatamente, como si lo hubiera golpeado. Comprendiendo la situación, el hombre comenzó a dar patadas a la vara, viendo cómo el intruso se retorció en el suelo. Hasta que, repentinamente, el monstruo alzó la cabeza y lo miró a los ojos, arrojándolo contra la pared de su hogar como empujado por una enorme mano invisible. La criatura se levantó con dificultad, recogió su bastón y huyó renqueando por el camino.

“¡Trasgo! ¡Va el trasgo!” intentó gritar el hombre, pero las palabras se confundieron en su boca retorcida.

Clac, clac. Clac, clac...

“No salgas, niñita,” dice la canción

“Si andas solita sale el Sombrerón.”

Pero yo ya hace mucho dejé esos locales

Aunque aún hagan trenzas para espantar los males.

Clac, clac. Clac, clac...

Probando brebajes, comidas y amores

Viajé siempre al sur, a un desierto con flores

Tomando muday bajé por Arauco

Llegué hasta la Isla, ¡Y acá soy el Tr-!”

Se detuvo a la mitad del rasgueo. Un sonido, quizás una risa, indudablemente femenina, acababa de llegar desde el exterior. Otra moza perdida buscando dihueños.

Sileno sonrió. Rengueó hasta la entrada con sus retorcidas piernas de chivo envueltas en vendas, tomó el sombrero de quilineja con el que se cubría los cuernos, y salió al bosque. Volvió a entrar a la casucha maldiciendo en griego, rebuscó entre las mantas y se fue una vez más, apoyado en un tirso de blanco abedul.

Conocido en la Isla como el pahuedún.

Clac, clac. Clac, clac.

3° Lugar

El licántropo

Autor: Dûrfínadan

Fue a eso de la una de la madrugada, cuando me encontré caminando por las calles casi desiertas de la ciudad. Había pasado a una taberna después de un agotador día de trabajo, y no me di cuenta del tiempo que había pasado. La verdad es que no pasaba por un buen momento emocional, y estos últimos encuentros con el alcohol, ya me empezaban a preocupar, ya que las últimas veces ni siquiera había recordado como había llegado a casa. Me alegré de haberme retirado aún lúcido de la cantina, aunque a tal hora me fue imposible encontrar transporte alguno, así que me hice el ánimo de caminar para llegar a mi hogar. Ya llevaba casi 45 minutos cuando recordé las recientes noticias que se comentaban en la comarca sobre el creciente número de casos de personas desaparecidas, que ya sumaban tres en dos semanas, y como naturalmente yo no quería ser el cuarto, me di cuenta de que no sería prudente seguir por el camino que iba, ya que no era lo bastante seguro. Estaba en eso cuando de pronto me fijé que pasaba cerca del cementerio del pueblo, y sin pensarlo mayormente opté por entrar, ya que el cruzarlo me ahorraría algunos kilómetros de viaje, y porque además, siempre he creído que el cementerio es el lugar más seguro del mundo, siempre silencioso, tranquilo y sereno.

Este no era la excepción, aunque el silencio fue lo más significativo. La verdad, es que nunca he tomado en serio las estúpidas supersticiones del común de la gente, pero este silencio sepulcral me heló la sangre, a tal punto que me hicieron dudar de que si la decisión de haber entrado fue la mas acertada, pero paulatinamente este sentimiento se apartó de mi mente, parecía como que me había mimetizado con el entorno, y el lugar ya no me veía como un extraño, sino como parte de él. Caminaba por las estrechas sendas, miraba los distintos objetos que componían este lugar y le daban una personalidad especial, y a la luz de la luna, cada cosa tenía un tono cautivante; la piedra de las tumbas, de los mausoleos, y las estatuas tenían un tono plateado, sumamente bello, las tenues sombras envolvían el ambiente creando una atmósfera mágica, los árboles, ya desnudos por la avanzada del invierno, lucían tristes, y sus ramas resecas parecían frágiles dedos saliendo de la tierra. Sí, estaba maravillado por el misterioso espectáculo que entregaba este lugar.

A no mucho de andar, sentí que no estaba totalmente solo alrededor, una inquietante sensación de intranquilidad me invadía, como que alguien o algo vigilaba mis pasos. No le tomé mayor importancia, y dicha sensación la atribuí a la atmósfera reinante en el lugar, y seguí caminando. Me quedaba sólo un corto trecho para llegar al final del camposanto cuando tuve la necesidad instintiva de mirar hacia atrás, y vi una pequeña sombra escabullirse entre los árboles, y a pesar del claro de luna presente en aquel momento, no logré divisar con precisión lo que allí se escondía.

Me acerqué lentamente para compensar mi intriga, me sentía nervioso, y mi inquieta mente entregaba miles de hipótesis de lo que allí podía encontrar, muchas de las cuales debo reconocer, me erizaron los

pelos. Cuando de pronto apareció ante mí un animal, o más bien su sombra, se alcanzaba a distinguir una bien formada silueta de una bestia en cuatro patas. Me detuve un tanto temeroso mientras que dicho animal se acercaba hacia mí, hasta que se detuvo a unos pocos metros de donde estaba yo. Al verlo de más cerca, noté por la forma de su hocico, su pelaje y textura que era un lobo gris, uno bastante imponente y amenazador. En tales circunstancias, y para evitar un posible ataque, saqué un trozo de pan que llevaba en mi bolso y se lo arrojé cerca de sus patas. Él me miró con sus iluminados ojos grises —a lo que lo atribuí al reflejo de la luz de la luna—, seguido de esto lo olfateó cauteloso, y finalmente abrió su gran hocico mostrando sus formidables y relucientes colmillos, para luego engullir el trozo de pan de un solo mordisco. Al terminar su bocado, se acercó a mí moviendo ligeramente su cola, a lo que yo respondí con una afable caricia en la cabeza.

Seguí mi rumbo y deje al animal atrás, pero después de poco andar noté que estaba siguiendo mis pasos, y cada vez que daba media vuelta, él se quedaba quieto mirándome fijamente. Esto se repitió unas tres veces. Ya casi saliendo del cementerio giré de nuevo, e hice un ademán para que se alejara, a lo cual no respondió de inmediato y tuve que exagerar en dicha actitud hasta que el animal desapareció entre las sombras.

Ya me encontraba fuera del cementerio, y me quedaba sólo un par de kilómetros para llegar a mi hogar, caminaba ahora por las calles estrechas y solitarias, sólo el sonido de mis pasos sobre el empedrado interrumpían la quietud del vecindario. Ya cruzando el viejo puente que divide el lado este del pueblo me sentí mas seguro ya que estaba cerca de mi hogar. Cual fue mi sorpresa, cuando al llegar a mi morada, en frente de la puerta principal, divisé el inconfundible pelaje gris de la bestia que había encontrado hace un rato atrás. Me detuve atónito pensando, por un lado, como había llegado antes que yo, sin que lo notara, pero eso no fue lo más preocupante del caso, sino que ¿Cómo sabía el animal dónde yo vivía?!!! Me quedé pasmado, y sentí un sudor frío corriendo por mi frente. Me acerqué receloso mientras el animal me miraba otra vez con esa mirada penetrante. Como pude traté de no demostrar nerviosismo y me escabullí por la parte de atrás de la vivienda ingresando por la puerta de la cocina.

Una vez dentro me quité el abrigo y me asomé a la ventana, miré a través de los barrotes, pero la bestia ya no estaba allí. Cerré rápidamente las cortinas y aseguré las puertas y las ventanas, me sentía temeroso, y no podía dejar de pensar en el animal. Después de satisfacer mi inseguridad, el cansancio se apoderó de mí, así que me dirigí a mi alcoba, me desvestí, y dejé caer mi fatigado cuerpo sobre las ya gastadas sábanas de mi cama.

Me encontré de pronto frente a mutilados cuerpos casi desnudos, y todos inmersos en un charco de sangre, luego me daba cuenta que pertenecían a las personas desaparecidas, y me disponía a correr, pero no lograba avanzar, y finalmente apareció ante mí la imagen del lobo mirándome fijamente, con esos ojos hipnotizantes. Desperté con el cuerpo empapado en sudor, y escalofríos bajaban por mi espalda. Las pesadillas fueron una constante en toda la noche. Y me di cuenta de que esto estaba lejos de ser un tranquilo y reconfortante descanso.

Los rayos de luz comenzaban a filtrarse entre las cortinas de mi ventana cuando comencé a despertar. Todavía estaba bastante cansado por la mala noche pasada, y el hecho de un nuevo día de trabajo no me animaba a asomar un pie fuera de la cama. Finalmente, y con mucho trabajo, logré despegarme del tibio nido de descanso, y me preparé para salir al gélido ambiente matinal. Estaba hambriento, como pocas veces había estado, tomé un trozo de pan de la desolada despensa, y una jarra de leche, pero no era precisamente lo que buscaba, quería algo un poco más apetitoso y en mi mente comenzaron a aparecer imágenes que me hicieron crujir el estómago.

Salí de mi casa raudamente, no sin llevar conmigo una protección extra en caso de otro encuentro menos agradable; una pequeña daga, bastante filosa y útil en caso de un ataque. Poco antes de cruzar el puente,

di vuelta en una esquina para arreglar un asunto mi vecino; el señor Ortega, quien me debía algo de dinero. Llamé a su casa, y apareció su esposa, quien me dijo que su marido estaba detrás del establo, y me invitó a pasar. Así pues, crucé por el costado de la vivienda, y lo encontré en el preciso momento en que estaba faenando un cordero. Ya lo había degollado, y el pobre animal chillaba mientras se desangraba sobre un recipiente metálico. No se por qué extraña razón no podía despegar mis ojos de aquel cruel espectáculo. Obviamente no era la primera vez que apreciaba una acción de este tipo, de hecho, yo mismo lo había protagonizado en un par de ocasiones. Pero por alguna rara circunstancia, estaba concentrado en dicha acción.

El granjero advirtió mi presencia y me hizo una señal para que me acercara, y se disculpó por no poder estrecharme la mano, debido a la abundante sangre que le chorreaba por su extremidad. Le conté el por qué de mi visita, y él no pudo ocultar descontento y de mala gana me gruñó que el próximo lunes saldaría la deuda. Me quité el sombrero cortésmente y di media vuelta para seguir mi camino a trabajar.

Llegué a tiempo para abordar la carretela que me debía llevar a la factoría, e incluso me di tiempo para comprar el periódico. Me quedé horrorizado al leer un titular que hacía alusión al hallazgo de una de los desaparecidos. Lamentablemente fue encontrada muerta; correspondía a una joven mujer, quien había sido brutalmente asesinada, y estaba casi irreconocible, ya que gran parte de su cuerpo estaba destrozado, su carne literalmente desgarrada, marcas como de mordeduras de una potente mandíbula en su cuello, piernas y vientre daban constancia de un ataque bestial.

La jornada laboral transcurrió, como muchas veces de forma tan lenta y tediosa que mi ánimo sólo me permitía pensar en mi hogar y el descanso que me esperaba en mi único día libre en la semana. En fin, mi hora de salida había llegado y me disponía a regresar.

La noche ya había avanzado bastante, y una densa neblina comenzó a caer. Cuando ya estaba pronto a llegar divisé de entre la niebla una figura humana de aspecto más o menos gruesa. Ya de más cerca reconocí el particular y abundante bigote del señor Ortega, que disfrutaba de su pipa a un costado del puente. Lo saludé como de costumbre, estaba pensativo y no quise incomodarlo ni interrumpirlo en su meditación, así que después de una breve conversación me despedí de él con la excusa de estar demasiado cansado, y necesitaba reposo. Él aceptó mis disculpas y continuó con su actitud pensativa y ensimismada.

Continué mi trayecto, casi a ciegas debido a la falta de visibilidad. La niebla daba una sensación de soledad perturbadora, y mientras caminaba presentía que algo me esperaba mas adelante. Mis conjeturas, no eran erradas, había una forma oscura delante de mi, me detuve angustiado, y en medio de las tinieblas vi dos puntos que resplandecían y se acercaban, de pronto la figura surgió súbitamente y la reconocí de inmediato ¡Era la bestia! ¡La bestia que me ha estado atormentando últimamente estaba justo enfrente de mí! En ese momento quise dar mano al arma que llevaba bajo mi abrigo, pero por alguna razón no podía ni siquiera moverme ¡estaba paralizado! El animal comenzó a moverse lentamente, se acercaba hacia mí con paso seguro y desafiante, intenté pedir ayuda, pero ningún ruido consiguió salir de mi garganta, sólo unos cuántos pasos me separaban de la bestia, que alzó la mirada clavando sus ojos en los míos. En ese instante no pude resistir, me sentí desfallecer, y la vista se me nubló completamente, y los brillantes ojos del lobo fue lo último que recuerdo haber visto.

Desperté cerca de las once de la mañana, me sentía un tanto extraño, como si me hubiera deshecho de una carga que me oprimía. De pronto, de la nada, llegó a mi mente el recuerdo de la noche anterior, y sentí como mis poros se dilataban y mi piel se estremecía. La verdad es que no estoy lo bastante seguro si lo vivido la noche anterior fue un sueño o no, ni que fue lo que pasó después de tan desagradable encuentro, mucho menos de cómo llegué a casa.

No tenía ánimo para nada, ni siquiera para levantarme, no veía el motivo tampoco, no sentía hambre ni sed, sólo sentía ganas de permanecer envuelto en las frazadas de mi lecho y olvidar estos incómodos eventos recientes. Así pasó la tarde, tranquila y sin sobresaltos, y así hubiera transcurrido toda la jornada si no hubiera sido por ciertos disturbios en el vecindario. Algo pasaba, y me sentí intranquilo, así que decidí averiguar.

Al salir noté un gran alboroto de gente, un gran grupo reunido hablando todos al mismo tiempo. Me acerqué para poder escuchar lo que se comentaba, pero sólo pude distinguir las palabras miedo, sangre, bestia, cadáver. Con esas palabras pude conjeturar fácilmente los hechos, y no pasaron muchos segundos para relacionar este hecho con lo vivido la noche anterior. En ese momento el miedo me invadió nuevamente y decidí regresar a casa, pero entre la multitud noté a una mujer llorando desconsoladamente. Al poner más atención me di cuenta de que se trataba nada menos que de la señora Ortega. Caminé hacia ella, sin saber que decir, hasta que ella alzó la vista, me miró, y con sus ojos llenos de lágrimas exclamó ¡Está muerto! Quedé estupefacto, sin poder reaccionar. Ella comenzó a balbucear tratando de explicar lo sucedido, y por lo que entendí, el señor Ortega fue encontrado muerto a orillas del río con parte de su cuerpo mutilado. Ya no quise oír más, mi mente había ordenado los sucesos, dándome cuenta de que la noche anterior no había sido parte de mi imaginación, sino una atroz realidad.

Pasaron unos cuantos días después de la muerte del señor Ortega, la impresión estaba aún fresca, y cada vez que pasaba por el puente, recordaba esa terrible noche, en donde posiblemente fui yo quien lo vio con vida por última vez. Cerca de dicho puente me topé nuevamente con la señora Ortega, un poco más calmada con respecto a la vez anterior. Traté de indagar un poco más en relación a la muerte de su marido, con la precaución de no afectarla en demasía. Me contó algo bastante inquietante, por decirlo menos; me dijo que su marido había presentado una herida en el cuello de un arma blanca, y que esa fue la causa de la muerte, y no de las marcas bestiales encontradas en el resto de su cuerpo, ya que el arma le había cortado la yugular. Dijo que la policía estaba investigando, y que pensaban que podía tener relación con otro crimen de similares características.

Durante todo el día rondaron por mi cabeza las palabras de aquella mujer. ¿Cómo era posible que la bestia lo hubiera asesinado, si el ataque había sido con un arma blanca? Al parecer no fue el lobo quien lo mató, y el homicidio fue cometido por un hombre común y corriente. Quizás la bestia no tenía nada que ver en esto, pero ¿Cómo se explican las mordeduras y las mutilaciones? No tenía pista alguna, y necesitaba aclarar esto, sólo así encontraría la solución a todos mis miedos y conflictos.

Ya había terminado mi agotadora jornada, y me disponía a marcharme a mi hogar. Iba pasando por una callejuela, cuándo fui abordado por una mujer, cuyos vestidos daban cuenta claramente de su reputación. Quiso brindarme sus servicios insistentemente, pero yo no tenía ánimo para tales ofrecimientos, y me alejé rápidamente. Seguí por ese camino, y noté que las construcciones a mi alrededor tenían un aspecto tétrico, debido a mi parecer por la falta de iluminación que poseía esta calle, con respecto a otras en donde los nuevos faroles a gas mantenían bien iluminada toda la zona céntrica. Pero no era sólo la falta de luz lo que le daba un tono maléfico al sector, había algo en el ambiente que lo distorsionaba. Decidí tomar precauciones y continuar por otra vía, cuando de pronto, al doblar en una esquina, no lo podía creer, los inconfundibles ojos, el pelaje gris, y la actitud amenazante de mi pesadilla hecha realidad...El lobo, ¡EL maldito animal que me atormenta se presenta otra vez ante mí!

¡¡¡¿Por qué no me deja en paz? ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué no acaba de una vez conmigo, qué quiere de mí?!!! Quise retroceder, pero al igual que la vez anterior, no podía moverme, ni gritar, ni nada. Mi mente se fue a negro, y no vi nada más.

Pero mi despertar fue diferente al anterior, no estaba en mi cama, tampoco en mi casa, estaba de rodillas y lo primero que vi fue la luna asomándose entre las nubes. Sentía mi pecho y mis manos húmedas, y un

sabor extraño en mi boca, lentamente baje la vista, miré mi cuerpo, y no podía creer lo que veían mis ojos...¡¡¡Estaba empapado en sangre!!! Por mi boca fluía el rojo líquido a goterones, mi trastornada mente no entendía lo que pasaba, miré a un lado, y junto a mí... ¡Dios mío! ¡A mi lado se encontraba la joven cortesana que yacía muerta sobre un charco de sangre, y su cuerpo estaba totalmente destrozado! No sabía que hacer, estaba choqueado, solamente resolví escapar de allí. Corrí durante horas, como nunca antes había corrido, crucé el río y me interné en el bosque aledaño. Busqué refugio, necesitaba esconderme, desaparecer, sentía repulsión de mi mismo, mientras todavía persistía el sabor de la sangre en mi boca. Finalmente encontré una especie de cueva, y como por instinto ingresé y me acurruqué en el rincón más oscuro que encontré. No quería pensar absolutamente en nada, sólo cerrar los ojos y olvidar todo, deseando que quizás esto sea parte de una horrible pesadilla.

Dormí toda la noche, y todo el día siguiente, no me atrevía a salir de mi escondite por miedo, miedo a ser visto, miedo a ser juzgado, miedo a mi mismo, miedo a lo que podría volver a hacer. Cuando cayó de nuevo la noche, sentí como mi estómago protestaba por algo de comer, escudriñe entre mis ropas, y encontré un trozo de pan y un pedazo de queso que se nos había entregado en la factoría. Ávidamente me los comí sin vacilar, pero la verdad es que no fueron de mi agrado, su sabor me repugnó. Definitivamente no era queso ni pan lo que necesitaba..., pero ese sentimiento me aterró, y traté trabajosamente de esquivar dichos pensamientos. Esa noche tampoco me atreví a dar un paso fuera de mi guarida.

Pasaron dos días más, ya no resistía, necesitaba alimentarme, de pronto escuché un lejano alarido, era un llamado, y por alguna razón sabía que era para mí. El aullido se hizo mas potente y claro, asomé un poco la cabeza, y vislumbré la silueta de un lobo sobre una alta roca, llamando a su igual, en ese momento sentí la sangre correr por mis venas enérgicamente, mis ojos se agudizaron, mi instinto animal floreció frenéticamente. Y enfrenté la decisión que había estado evitando tan afanosamente, la decisión que cambiaría mi vida en adelante. Encaré mi destino y lo acepté. Dejé al hombre y acepté a la bestia, la bestia que había sido reprimida por el hombre, y que ahora despertaba. Ahora salgo de mi madriguera, ya ha caído la noche, y me necesito alimentar.

Ganador Flecha Roja

La comuna

Autor: Alex

En aquel húmedo túnel era consciente que mi tiempo se asfixiaba en sus últimos segundos de vida, cautivo por los orcos de Gundabad solo la tortura me esperaba al final de la apestosa gruta.

A maniatado cuatro guerreros me conducían entre empujones y golpes, sus desquiciadas miradas una y otra vez me observaban hambrientas, relamiéndose en el futuro festín en el que yo era el plato principal.

Derrotado solo esperaba una rápida muerte, que cuando aquellos incisivos se clavarán en mi carne en ella la sangre ya no corriera, muerto el corazón y dormidos mis pulmones el horror de ser devorado vivo se desvanecería al fin.

En el oscuro túnel de roca desnuda solo algunas antorchas lo iluminaban de lúgubre resplandor, y en él muchos otros caminos desembocaban creando un inmenso laberinto de extraños lamentos y desgarradores alaridos.

Al llegar a un estrecho cruce otro orco salió a nuestro encuentro, era más grande y fuerte, más fiera su mirada bajo su negro yelmo. Una puntiaguda coraza lo vestía y en una de sus manos la dentada cimitarra pendía libre, amenazante se alzó apuntando a mis captores y pronto sus voces se elevaron discutiendo inundando la roca con un violento eco.

Sin entender aquella horrible lengua mi pensamiento divagaba perdido, sin esperanzas, olvidando la luz y sucumbiendo al miedo y la desesperación. Fue en mi hastío cuando escuche un extraño ruido tras una de las paredes que nos flanqueaban, algunos eran angustiosos otros placenteros gemidos y sobre ellos incontables llantos de estridente sonar sacudían la piedra haciéndola vibrar.

Mire aquel rasgado muro de afiladas aristas y me sorprendió ver una pequeña grieta por la que se filtraba algo de luz. Por un momento dude si dar rienda suelta a mi curiosidad y observar a través de la piedra, acalorados los orcos discutían y libre de su peligrosa vigilancia mis ojos se asomaron a lo desconocido. Y ojalá mi intriga jamás hubiera sido saciada pues la visión me aprisionó en el horror y un profundo asco, allí presencié la más desarraigada relación entre macho y hembra, allí presencié la locura llevada al extremo, allí observé la salvaje naturaleza del orco en su intimidad...

Tras la pequeña grieta una cueva de colosal tamaño se hundía en la profundidad del reino orco. Y allí abajo el más horrible espectáculo se presentaba ante mí descarnado, frío y despojado de sentido común o decencia.

Una cantidad ingente de orcos y sus hembras se apiñaban en caótica aglomeración y el terrible hedor que desprendían ascendía hasta mí en la cargada atmósfera que a todos envolvía en un desenfrenado ambiente de lujuria y violencia.

Y corriendo alocadamente entre sus piernas y cuerpos centenares de pequeños orcos se movían nerviosos, jugando con palos y rocas a la guerra, y tan real era su entretenimiento que muchos sangraban heridos por pequeños cortes o fuertes contusiones.

Mi mirada tardó un poco en entender lo que observaba, y mientras a mi lado la discusión subía de tono entre amenazas y aspavientos, yo me centré intento discernir la espeluznante realidad del orco y su prole. En un lateral de la ruidosa cueva, afinados bajo las antorchas y en un larguísimo lecho de paja y excrementos, muchos recién nacidos lloraban o dormían, y algunos eran alimentados en el regazo de voluminosas orcas de enormes pechos.

Eran varias aquellas orcas, parecían algo así como matronas y todas eran más grandes y gordas que las otras que solo copularan. Las únicas vestidas con un mugriento delantal pues todos los demás, niños, orcos y orcas eran huérfanos de ropa más desnudos totalmente se relacionaban sin tapujos.

Y solo ellas empuñaban una robusta vara de madera haciendo imponer su voluntad a todos, varones incluidos, pues ninguno portaba armas o armadura y sin protestar solo a las grasientas matronas obedecían.

Eran las dueñas de lo que allí sucedía y en el ordenado caos sus palabras y golpes eran la única ley. Seguí observando estupefacto aquella locura y en un oscuro rincón presencia la llegada de otro orco a nuestro mundo. Una orca paría bajo la vigilancia de una de aquellas enormes bestias, y entre sus gritos de dolor ella apoyó sus fuertes brazos sobre la panza apretando, empujando sin piedad hasta que entre las piernas de la parturienta aparecía la oscura cabellera del bebé.

Pero lo que realmente atraía mi atención es que todo sucedía mientras machos y hembras fornicaban sin descanso, frenéticamente como animales ellos las penetraban y ellas sumisas eran maltratadas como vulgar ganado para la reproducción. Y en el frenesí del acto sexual los orcos agarraban y tiraban las sucias melenas de las orcas y las mordían ferozmente sin el más mínimo miramiento o resentimiento.

Aparté por un momento mi cabeza de la pared pues incipientes arcadas me asolaban amenazando con el vómito...

Incontenible mi angustia se desbordó en el terrible olor que todo lo impregnaba en Gundabad.

Frente a mí uno de mis captores me observaba complacido mientras vomitaba, mostrando una burlesca sonrisa en la que sus amenazantes incisivos se mostraban divertidos.

Su atención fue fugaz pues el gran orco de nuevo vociferaba enojado sin parar de alzar su cimitarra. Hacía él se volvió llevando su mano a la empuñadura de su arma.

Libre de nuevo de aquellos elípticos ojos mi curiosa mirada otra vez asomó por la grieta, el horrible espectáculo aunque nauseabundo atraía mi atención irremediabilmente.

Esta vez me fijé en los vástagos, en las pequeñas crías de los orcos. Eran decenas de ellos los que corrían ajenos al horror que les rodeaba, entre machos y hembras entre sangre, llantos y gemidos de placer jugaban violentamente. Como los demás iban totalmente desnudos, y en sus rostros, los afilados colmillos y la gélida mirada de los orcos ya amanecían jóvenes. Fibrados y marcados sus músculos eran atléticos, ágiles y fuertes más infatigables y resistentes ya eran pequeños guerreros de aguerrido y desalmado espíritu.

Pero observando a los recién nacidos una duda me asoló, algunos dormían plácidamente, apenas se asemejaban a sus padres y hermanos. Incluso observándolos una sensación de ternura y pena me invadió, eran ya malos? nacían siendo malévolas criaturas incorregibles ¿o quizás en otro ambiente crecerían benévolas?

Sobre mi rostro algo salpicó distrayendo mi atención de inmediato, un líquido denso y negro resbalaba sobre mi mejilla. Al girar me la cabeza de uno de mis guardianes yacía separada de su cuerpo sobre el suelo. La negra cimitarra del gran orco la había cercenado y sin tiempo los otros dos se abalanzaron sobre él.

El metálico eco de la lucha pronto resonó en aquel apestoso túnel, y en el enfrentamiento mi presencia fue olvidada.

De rodillas y sobre el filo del decapitado la soga que atenazaba mis manos se frotaban frenéticamente, pronto mis manos estaban libres blandiendo la oxidada espada de los orcos.

Breve fue la lucha y al poco todos mis guardianes habían muerto a manos del poderoso guerrero, distraído y desorientado en el combate este me daba la espalda. Y sin piedad la cimitarra del decapitado decapitó a su verdugo.

Corrí, me escondí más durante dos días me arrastré por el intrincado laberinto de Gundabad para al fin contemplar el sol que pensé jamás volvería a ver.

Y con el tiempo, con el paso de los años mi memoria olvido algunas cosas y otras las borró pero siempre la visión de aquella comuna me acompañó.

El emisario de Sauron

Autor: Alex

Mientras ascendía por las interminables escaleras de Barad-Dur hacía su cima, por la cabeza de Snaga terribles y agonizantes torturas lo martirizaban atrozmente.

Había pensado huir, escapar de Mordor para no afrontar su responsabilidad, pero empujado por un miedo aún más profundo decidió contar todo lo ocurrido a La Boca de Sauron.

Odiaba aquella cosa, aquel desfigurado monstruo que se decía comía orcos crudos.

Existían muchos rumores sobre el emisario de Sauron, pero el más extendido hablaba de un antiguo numenoreano obsesionado con las artes oscuras, magia negra que lo había consumido en su estudio y práctica, pero que, supuestamente, le proporcionó una longeva inmortalidad. Ante la puerta de La Boca al fin llegó, sobre su cintura, los nerviosos dedos del orco golpeaban repetidamente repasando la historia que iba a contar.

Una puerta doble custodiaba la estancia del hechicero, en sus profundos grabados sobre un fondo negro, múltiples barcos de guerra flanqueaban un gran ojo rojo situado en el centro de la batalla. Y fue justo sobre él donde la mano del orco llamó tímidamente, no queriendo perturbar en demasía al ser que tras ella lo esperaba.

Pasó un corto periodo de tiempo sin respuesta desde el interior, Snaga aliviado ya se daba la vuelta para raudo irse de aquel espantoso lugar.

Pero un leve crujido detuvo sus intenciones, una de las puertas se abría parsimoniosamente .
- Te esperaba orco, entra -.

La voz de La Boca estremeció a Snaga de pies a cabeza pues era fría, estridente y a la vez conciliadora. Su instinto le rogaba correr escaleras abajo, alejarse de aquella puerta pero sabía que las consecuencias serían aún más dolorosas...

Mientras se acercaba a la odiosa puerta, Snaga se imaginó triturado entre los asquerosos dientes de La Boca de Sauron, machacado hasta los huesos pidiendo clemencia pues lo devoraba vivo. Al final su oscuro yelmo se asomó a un abismo de pavor incontrolable, entre involuntarios temblores y escondidas arcadas sus aterrados ojos observaron la fuente de su miedo.

Sobre una gran alfombra roja en forma de ojo La Boca lo esperaba de pie, ataviado con una larga túnica negra y con su extraño yelmo, que por completo lo cegaba dejando solo al aire su horrible dentadura. Solo la tenue luz de Mordor que se filtraba por tres estrechas almenaras en aquella habitación lo iluminaban débilmente, pues ni velas, candelabros o lámparas existían en la vida de aquella criatura. Su existencia era la oscuridad y en ella vivía eternamente, venerando la, alimentándose de sus más ocultos secretos día a día, durante siglos que en milenios se habían transformado. Su cuello se torció drásticamente y una macabra sonrisa nació en aquella deformada boca.

- Te esperaba hace dos días, algún problema Snaga? -.
Su entonación quería parecer simpática, amistosa pero era imposible ignorar el transfondo lúgubre de aquella pregunta.

Snaga paralizado ante el escalofriante numenoreano no podía dejar de mirar aquellos dientes, intentaba disimular pero su mirada se revelaba volviendo de nuevo a su tenebrosa boca. En su mente repasaba lo sucedido en los últimos días, desde que La Boca de Sauron le hizo llamar. Una importante misión tenía para el lugarteniente de Durthang, una orden que no se había cumplido. Un báculo debía de llevar hasta Ostigurth como presente para su señor, pero entre Barad-Dur y la negra ciudad un desierto de cenizas llamado Gaer Durlith se extendía durante asfixiantes kilómetros. Snaga odiaba aquel lugar y delegó su obligación a otros de inferior rango. El báculo jamás llegó a su destino y ahora le tocaba a él dar la nefasta noticia al cruel emisario de Sauron.

- Si..si..siii -.
Los nerviosos balbuceos del orco parecían divertir a su interlocutor, que alegre mostraba una amplia sonrisa.

- El báculo se perdió señor, se..se mataron entre ellos. Mandé exploradores pero solo encontraron los cuerpos, no sé que pasó -.

Dos fuertes crujidos estallaron en aquella podrida dentadura acompañado de un melancólico gemido, agudo lamento desalmado y de sibilino sonar.

Snaga quiso correr, alejarse de su nefasto destino pero algo le impedía moverse, una gélida corriente lo paralizó por completo.

Frente a él, La Boca había extendido su brazo con la palma de su mano abierta hacía arriba.

- Por que!??, por que os creo tan estúpidos?, ahora sangrarás Snaga, conocerás la más terribles de las muertes orco -.

Una antigua letanía, olvidada por casi todos y entonada en la lengua de Mordor, entre sus apretados dientes se escapaba mientras su puño se cerraba poco a poco.

Como mil dagas clavadas sobre su cuerpo al unisono, Snaga sintió en su negra piel el dolor más atroz conocido. Y cuanto más apretaba su puño, más se hundían desgarrando y cercenando. Y sobre su carne decenas de profundos cortes brotaron haciendo sangrar desmesuradamente al desafortunado orco.

La terrible mano terminó de cerrarse y los ojos de Snaga estallaron por la tremenda presión que sobre él recayó.

Y La Boca no comió su carne, pues apenas ingería nada sólido, prefería el miedo, el horror de sus víctimas y su sangre...

El guerrero

Autor: Sorsrus

Abrió los ojos sobresaltado como alguien que tiene un mal sueño, sintiendo rápidamente como un millar de agujas se clavaban en su cerebro y le obligaban a cerrarlos nuevamente, sensibles a todo lo que le rodeaba. Su cuerpo chillaba de dolor y le pesaba, pero poco a poco pudo sentarse en el frío y húmedo suelo tardando en abrir sus ojos por culpa de la migraña. Su corazón fue comprimido cuando vio el catastrófico paisaje, sacándole toda respiración. Cientos o quizás miles de cadáveres envueltos en armaduras pesadas y de hojalata, caballos desplomados con la cara horrorizada de ser testigos y cómplices de la masacre que hubo en aquel lugar. La tierra se había vuelto rojiza y húmeda como el barro gracias a la sangre que la había bañado no hacía mucho, llegando incluso a formar pequeños y aún frescos charcos fangosos por los coágulos de los asesinatos más cruentos, muchos de ellos cerca suyo. Parecía que había estado en medio de aquella tormenta. Pero no sabía qué había ocurrido. Forzó su mente a recordar queriendo poner su situación en orden pues algo debía haber, una pista, un nombre, una entidad.

Algo.

Se miró las manos, protegidas por guanteletes de acero que en algún punto habían sido negros y ahora el color se mezclaba con el carmesí, crujiendo cuando cerró sus entumecidos dedos en puño chascando las falanges. El dolor de sus manos era atroz y por su fuera poco no paraban de temblar bajo aquella capa de metal haciendo un casi imperceptible traqueteo de las placas chocando entre si. Trató de respirar, pero el yelmo se lo impedía en gran parte e intentando no perder la poca cordura que era capaz de sostener en aquel momento, buscó algo que le ayudase a recordar por aquel lugar.

Una gran estaca clavada en un cuerpo a escasos metros de él, de color similar al oro ahora convertido a algún tipo de naranja debido a los manchones de sangre que además le daban aspecto de antigüedad herrumbrosa, contaba con un bello adorno con forma de espiga sobresaliendo del extremo opuesto al cuerpo. Se acercó al arma de asta empotrada en el cadáver y acarició su mango embelesado por algo que

no comprendía, sintiendo como sus dedos lo reclamaban como propiedad a través de los guantes de metal, y algo parecido al sentimiento de haberse encontrado a un viejo compañero tras muchísimo tiempo, lo que fue un amigo íntimo, subió por su estómago hasta apoderarse de su pecho en una cálida sensación. No reparó en que era la lanza que había matado al caballero de gris armadura que yacía en el suelo, solo que aquello era suyo y con la alegría de su cuerpo al encontrar algo familiar tomó la vara con ambas manos y tiró de ella con el pie apoyado en el hombro del pobre individuo que conoció un horrible final. El tembleque cesó y la lanza bailó entre sus dedos como una extensión de él en cuanto el filo, grande y curvo como un enorme sable, salió con la más absoluta suavidad. Hecha de una única pieza y aunque parecía extremadamente pesada, parecida a una versión más grande del guandao original, era ligera como el aire girando en sus manos.

Su cuerpo reaccionó rápidamente al escuchar unas apresuradas pisadas hacia él dando una fuerte estocada según giraba sobre si mismo atravesando la chapa de metal del caballero gris y levantándolo en peso para lanzarlo tras su espalda con otro potente giro, quedando clavado en... Cayó de rodillas mientras una súbita marea de sudor frío empapaba el interior de su armadura y no tuvo otra cosa que subirse la bisagra del yelmo para que la maloliente corriente de aire le recompusiera, y aunque casi tiene el efecto contrario agradeció que al menos estuviera frío. Acababa de tener un vívido recuerdo de cómo había matado a aquel hombre, sin duda, y aunque feliz de haber recuperado algo hubiera preferido otra cosa en su lugar.

“Será mejor que salga de aquí” se dijo así mismo con el estómago revuelto comenzando a caminar entre los muertos, esquivando las extremidades desprendidas y los caballos con rostro de pesadilla.

Mientras caminaba se fijó en que sus escudos, y algunos sus capas, tenían una gran cruz de distintos colores. Una de ellas era distinta, una manta tirada en el suelo de un color ya distintivo en aquella zona. Clavó la lanza en el suelo por la parte de la espiga y la tomó entre sus dedos viendo el dibujo de un pequeño búho que había sido atravesado por algún filo en algún momento. Como con la lanza al tomarla entre sus dedos la sensación de familiaridad se apoderó de él y cuando se quiso dar cuenta rechazaba el mandoble de una espada con la parte trasera de su lanza, para luego girarla sobre su cabeza aprovechando el impulso y atravesando gran parte del cuerpo del torso enlatado del soldado raso, cuyo rostro era solo un manchón negro. No había terminado el corte cuando se alzó una enorme bestia humanoide de brazos como pilares y piel recubierta de escamas negras, su rostro apenas recordaba el humano que esa bestia una vez fue. Como un acto reflejo arrancó el manto de su armadura y lo lanzó a la cara del gigante, viendo como el tamaño había vuelto torpe a la bestia y pudiendo sacar la lanza del soldado a tiempo para atravesar la cabeza del coloso sacrificando su manto para ello aprovechando la longitud de su arma más cercana a una lanza de vanguardia que a una guandao. Lo que cayó al suelo fue un humano y aunque de piel oscura la cara había sido atravesada de tal forma que era irreconocible.

Jadeando como con el primer recuerdo se agachó y tomó el grueso mentón para ver que del ojo sano de un inmenso color azul había caído una lágrima que arrastró gran parte de la porquería de su piel producto de la ceniza, el sudor y el barro. ¿Qué podía decir? Nada, solo cerró el ojo dando un suspiro pesado, levantándose y colocándose el manto sobre sus hombreras metálicas y retomando la lanza para irse de allí cuanto antes. Si volvía a tener un recuerdo de aquella forma iba a vomitar algo, no sabía el qué ya que no tenía nada pero algo iba a echar. No era la peste o los muertos lo que le revolvió el estómago, sino los viajes al pasado de aquella brusca manera, como si aquello fuese algo normal, esa tranquilidad monstruosa era lo único que le decía que no había nacido en aquel sitio de forma espontánea. Aquella sensación de que eso era común. Y eso era lo que más le horrorizaba.

Habían escogido una planicie para elegir aquella batalla, pero a lo lejos podía ver las copas de los árboles diminutos como hormigas. Allí comenzó a dirigirse esperando encontrar algo que no sea muerte hasta que

una mota de polvo de un blanco puro pasó cerca de él, seguido por otras motas de polvo que de forma inconsciente trató de acariciar con la zurda. Las motas le atravesaron la mano, y supo en seguida que aquello no era una mota de polvo cualquiera y, esperando que no fuese lo que estaba pensando, se dio la vuelta viendo como las partículas se arremolinaban creando unas enormes fauces que no dudaron en aullar haciendo temblar el suelo, poco a poco tomando una forma humanoide de varios metros de altura, encorvada y provista de garras largas y afiladas y una boca llena de dientes. La criatura resplandecía como un sol pero estaba lejos de ser una luz cálida. El cuerpo del guerrero reaccionó bajando la bisagra y cargando contra la bestia a la que aún le estaba naciendo una cola de cánido, saltando directo a enterrar su lanza en el cuello y recibiendo un manotazo como respuesta a su osadía. El caballero se recompuso rápidamente levantándose de un salto y girando la lanza entre sus dedos antes de que la bestia blanca lanzara un manotazo hacia él, deteniéndola con la lanza desafiando su fuerza. La bestia rápidamente echó la otra zarpa hacia atrás buscando el hueco, siendo su muñeca atravesada por el ornamento con forma de espiga de la lanza provocando un desgarrador grito y haciendo que un extraño líquido blanco humeante saliera de su herida. El caballero no esperó a que la bestia terminase de rugir de dolor y antes de que volviera a por él segó sus rodillas con la hoja con un potente giro sobre si mismo y lanzó una estocada hacia arriba terminando el giro mientras la cabeza de la bestia se precipitaba hacia él por su peso.

La propia bestia se dio muerte y no hubo sangre ni llanto, solo silencio. Lentamente se deshacía desde la herida volviendo a ser motas de polvo, dientes de león arrastrados por el viento, mientras una luz anaranjada bañaba el lugar y cegaba al caballero por unos momentos.

Estaba amaneciendo.

Aënis de Lunderwend y el Caballero de la Armadura Azul

Autor: Dânie Fellkald

Aënis de Lunderwend nació para hacer historia. Hija de la Princesa Sylvinna de Symbelyn y el Rey Freder de Maënspanes, siempre se destacó por ser diferente a la belleza típica del Centro-Sur de Eonwyrd, ubicados en el continente de Aênbar. Los oriundos de Maënspanes y los sureños de Symbelyn se destacaban por tener una piel dorada, mejillas sonrosadas, ojos y cabellos trigueños, pero Aënis tenía la belleza de la luna nueva reflejada en el mar a medianoche. La Princesa Sylvinna, quien descendía de un linaje de magos, los Lunderwend, adoraba caminar por la orilla del mar a medianoche y siempre deseó que su hija tuviera la belleza de aquel paisaje, por eso Aënis tenía la piel pálida como la luna, el cabello oscuro como la noche y los ojos azules como el océano. No sólo su belleza era particular, también lo era su destreza con la magia y su indomable espíritu.

Al morir su madre cuando aún era una niña, su padre cayó en una pena muy profunda y al poco tiempo murió también. Huérfana, fue puesta bajo la tutela de un ambicioso senescal llamado Garendir, quien la envió fuera del continente de Aênbar durante su infancia hasta su mayoría de edad, con el pretexto de que los viajes le darían una buena educación, para así mantenerla alejada de sus oscuras ambiciones. Aënis pasó su niñez y parte de su adolescencia viajando entre los pequeños principados controlados por los humanos ubicados en los continentes de Mūra y Stÿena, siempre en compañía de sus siete caballeros, quienes juraron lealtad al Rey Freder y juraron protegerla con su vida. Durante sus numerosos viajes, Aënis conoció a los Elfos del Norte de Aênbar, a las tribus de Orcos del Sur de Stÿena y a los Enanos de Mūra, fascinándose con sus diversas culturas y las maravillosas y épicas historias que todos tenían para compartir, especialmente sobre los Gigantes de Ymertyr, las Gárgolas del reino flotante de Aethera y los Senfires del reino subterráneo de Nithera.

Antes de cumplir dieciocho años, Aënis decidió volver a Maënspanes debido a los constantes rumores que se escuchaban respecto a la situación de su reino. Al parecer, el senescal Garendir deseaba ser coronado Rey de Maënspanes y Symbelyn, los reinos humanos más poderosos de la Península Sur, para así invadir los otros reinos humanos del Norte, Gryndermalt y Stilth, y de esa manera conseguir el control total del continente de Aênbar. Su plan consistía en invadir los continentes de Stÿena y Mûra recurriendo a la magia negra y todo tipo de artes oscuras, sin considerar que estuviesen estrictamente prohibidas. Durante el viaje de regreso, una bestia marina de tamaño colosal atacó el barco y todos los caballeros perdieron su vida, protegiendo a Aënis. Ella sobrevivió al ataque, y fue arrastrada por las olas hasta una bahía al Norte de Aênbar, cerca del reino élfico de Inën, donde casi muere ahogada, pero consiguió salvarse gracias a las tablas del barco destrozado y a un baúl que llevaba sus pertenencias.

Al llegar a la orilla, a joven suspiró hondo y dejó caer un par de lágrimas por los caballeros que la acompañaron y cuidaron durante toda su vida, mientras dedicaba una oración a Vhâna, la diosa de los humanos. No podía dejarse avasallar, tenía que hacer algo para detener a Garendir y evitar que llevase a cabo sus viles propósitos y llevar a los Reinos de Maënspanes y Symbelyn a la perdición, pues invocar demonios y bestias caóticas para usarlos en la guerra no es algo con lo que se debía jugar. Tomó su baúl y se encaminó hacia el bosque en busca de alguien a quién comunicarle lo sucedido y para pedir ayuda para volver a Maënspanes, pero los elfos guardianes con los que se encontró en el camino se comportaron de forma hostil con ella, y se negaron a ayudarla porque la guerra entre humanos y elfos ya había sido declarada por Garendir.

Tratando de huir usando la poca magia que tenía, Aënis llegó hacia un risco y se vio totalmente sin salida. Lo elfos, tres seres de mayor tamaño y destreza, de profundos ojos color aguamarina, la rodearon. Uno de ellos sacó una espada para matarla, pero antes de que pudiera ejecutar su ataque, otro joven apareció de la nada y protegió a Aënis con su escudo. Cubierto de pies a cabeza por una armadura azul, no se sabía con certeza lo que realmente era aquel misterioso caballero, pero su sola presencia inspiraba temor y respeto. Los elfos retrocedieron y lo amenazaron con sus arcos, mientras intercambiaban palabras en su lengua, el Naïr. El misterioso joven respondió en el mismo dialecto, pero con un acento totalmente diferente. Los elfos bajaron sus arcos, pero en vez de cesar los ataques, comenzaron a decir conjuros élficos para atacar al caballero con magia.

El caballero tomó a Aënis por los hombros y la protegió, pero el impacto mágico fue de tal magnitud que los empujó a ambos por el brumoso risco. Para su sorpresa, un dragón marino salió del agua y los salvó. El caballero se tomó del lomo del dragón, el cual llevaba una montura, y ayudó a Aënis para que se acomodara justo detrás de él mientras embestía en contra de los elfos, quienes huyeron del lugar porque nadie se enfrenta a un dragón así. El dragón llegó a una gran altura y a gran velocidad voló por los cielos hasta que comenzó a anochecer. El caballero no dijo ninguna palabra durante todo el trayecto, y Aënis aún estaba analizando lo ocurrido, pues estaba segura que Garendir estaba detrás de todo. Cuando llegaron cerca de la isla de Stilth a medianoche, el dragón descendió y los dejó cerca de una cueva, para luego desaparecer en el mar silenciosamente.

Dentro de la cueva había pequeños cristales que servían de iluminación, así como rocas que servían de mesa y sillas. El caballero le dio una tisana caliente para que entrase en calor y le curase las heridas del ataque al barco. Una vez estuvo compuesta, el caballero tocó el guantelete de su armadura y esta comenzó a fragmentarse hasta que quedó totalmente reducida a una manopla, revelando también su identidad. El joven era muy pálido, como si su cuerpo estuviese hecho de mármol con vetas amarillas, y su cabello era oscuro con tintes rojizos. Sus grandes orejas, similares a las de un elfo, terminaban en punta encorvada hacia abajo, y sus ojos grandes y un poco rasgados, como los de un felino, eran de color verde vibrante.

Debajo de ellos, habían dos marcas de nacimiento que simulaba dos pares de ojos más: era un senfir. Contaba la leyenda que los elfos y los senfires fueron creados por dos diosas mellizas, Nâirio y Bîrio, y que ambas razas representaban características físicas y mágicas de ambas diosas. Como los senfires habitaban en el Nithera, rara vez se los veía, y cuando se dejaban ver, la gente pensaba que eran elfos, y fue así como pasaron a ser identificados como elfos oscuros y no senfires.

El senfir se presentó como lhmtaro, y le explicó que era un espía que trabajaba en conjunto con los detractores de Garendir, pues éste había orquestado un plan de aislamiento para que los senfires fueran vistos como amenaza por los humanos y los elfos. Le explicó también que el senescal había hecho un pacto con una deidad caótica llamada Kralyam, quien era el patrón del engaño y las malas intenciones, y que a cambio del poder absoluto, Garendir debía entregarle toda alma humana. lhmtaro le dijo que si eso ocurría, las consecuencias serían devastadoras, como lo que sucedió con las gárgolas del Aethera, quienes fueron víctimas de Kralyam, y se extinguieron para siempre. Le explicó también que había dado con ella por la información que le entregaban los opositores de Garendir, quienes siempre lo mantuvieron informado respecto a su paradero y que gracias a ellos logró dar con ella.

Aënis le urgió a lhmtaro que la llevase a Maënspanes y que la ayudara a matar a Garendir, pero éste le dijo que debía regenerarse un poco, puesto que se había expuesto mucho a los rayos del sol, pese a la protección brindada por su armadura. Frente a eso, Aënis le propuso que viajaran por mar y después por tierra, pues Stilth era un lugar seguro y ella no era muy conocida ahí. El senfir accedió, y Aënis lo disfrazó con una larga túnica con capucha, diciéndole a todos que él era su esposo enfermo y que debían ir a Maënspanes para encontrar un buen alquimista que lo ayudase con el extraño mal que lo aquejaba. El plan fue un éxito, y a los pocos días de haber salido de la cueva, llegaron al reino para enfrentar a Garendir. Mientras viajaban, Aënis se percató que la gente y su tierra lucía enferma y triste, como si hubiese algo que estuviese drenando la alegría y el vigor del lugar. El senfir le explicó que ése era el efecto de Kralyam, y que debían actuar lo antes posible para poder evitar que Garendir cediera completamente a la voluntad del Dios Caótico. Si iban a atacar, lo mejor era hacerlo de noche, pues así lhmtaro podía optimizar sus poderes de senfir y asistirle mejor en la batalla. Infelizmente no podían contar con la ayuda del dragón marino, pues éste sólo podía ser invocado cerca del mar y el castillo de Maënspanes estaba ubicado en plena zona central, lejos del agua.

Aënis había rescatado el baúl que contenía su armadura, su lanza y el escudo que su padre le había heredado, y mientras los observaba con admiración, prometió a sus siete caballeros que los vengaría y que recuperaría su lugar como legítima heredera al trono de Symbelyn y Maënspanes. Por primera vez en su vida se vistió como si ella también fuese un Caballero de Maënspanes, y se dirigió al castillo acompañada por lhmtaro. En la gran entrada, anunció su nombre y exigió su derecho real de ascender al trono, pues ya había cumplido su mayoría de edad y por ley sagrada, eso era lo que le correspondía. Las puertas se abrieron y al entrar, Aënis vio con horror como toda la guardia real y los habitantes del castillo habían sido corrompidos por los poderes del mal: ya no eran humanos, eran sólo la carcasas vacías sin alma, ocupadas por espíritus malignos. En el gran salón, donde se encontraba el trono, estaba Garendir, quien lucía como un demonio, con la sonrisa torcida, los ojos completamente negros y un aura oscura que lo acompañaba a donde fuera. Éste dio la orden de ataque y todos se abalanzaron sobre ella, pero lhmtaro se adelantó y le dijo que se encargara de Garendir mientras él mantenía ocupados a los soldados endemoniados y a las otras bestias.

Ésta fue tras Garendir, quien ingresó a una recámara con un altar ubicado a los pies de la estatua de Kralyam. En dicho altar, se encontraba un niño recién sacrificado, y Garendir tomó con un cáliz la sangre que chorreaba de su pequeña garganta cercenada y la bebió, mientras su risa aguda y perversa resonaba en todo el lugar. Mientras comenzaba a transformarse, le confesó que había conspirado todo el tiempo para matarla, pero que esta vez no fallaría, y que su muerte sería el sacrificio que concluiría con el ritual.

El aspecto de Garendir era horrible, era una bestia de más de cinco metros de alto y su rostro no era más que una calavera con ojos rojos y unos vestigios de piel; pero Aënis no tenía miedo porque podía sentir la presencia de sus padres, dándole palabras de aliento dentro de su corazón, y podía sentir la presencia de sus siete caballeros, asistiéndola en el combate. No estaba sola, nunca lo ha estado y nunca lo estaría. Y de algo estaba segura: tendría la cabeza de Garendir a como dé lugar y libraría a Maënspanes de las garras de Kralyam.

Embistió con todo, y si bien Garendir tenía una fuerza descomunal, Aënis podía sentir que tenía la fuerza de cien hombres, y pesar de que el maligno senescal la hirió varias veces, el dolor no fue un impedimento para seguir luchando en contra de él. Durante un ataque propinado que Garendir le propinó con el puño cerrado, su escudo salió volando por el lugar y quedó armada sólo con su lanza, la cual no podía brindarle protección suficiente. Aquejada por el cansancio y el dolor de sus heridas, Aënis vio la posibilidad de derrotar a Garendir cada vez más lejana, pero la derrota no era algo con lo que estaba dispuesta a lidiar, así que dio su último respiro y con todo el poder que le quedaba logró penetrar el corazón del senescal, quien se puso a chillar de dolor. Luego, aprovechando aquel momento de debilidad, le enterró la lanza en la frente. Garendir no iba a rendirse tan fácilmente, y consiguió romperle las costillas al enterrarle ambas garras en los costados, pero ya era tarde para él, el ritual no estaba completo y seguía siendo un ser mortal, y las heridas propinadas por Aënis le quitaron la vida. Al ver que Garendir estaba muerto, la joven princesa se dirigió hacia la estatua de Kralyam y con su lanza rompió la base hasta que la tiró al suelo, haciendo que ésta se rompiera en mil pedazos; luego, cortó la cabeza de Garendir y se dirigió hacia la entrada para ayudar a lhmtaro.

Para su sorpresa, una facción del ejército Symbelyno y del Ejército de había llegado para ayudarla a liberar Maënspanes y tenían todo bajo control. Cuando la vieron salir con la cabeza del senescal maldito, aplaudieron y celebraron la victoria con cantos y reverencias, pero eso no alegró a Aënis, puesto que su amigo senfir no se encontraba en ninguna parte. El dolor de sus heridas y sus costillas rotas no le permitieron seguir de pie y se desmayó en frente de todos, cayendo abruptamente al suelo. Cuando despertó días después, uno de los caballeros de Symbelyn le dijo que fueron guiados por un elfo oscuro de armadura azul, y que éste se había desaparecido después de defenderlos de los soldados endemoniados, abriendo un portal que envió hordas de ellos a otra dimensión, y que lo único que dejó atrás fue su armadura hecha trizas. Al preguntar por la armadura, el soldado le entregó un guantelete y dijo que el resto de la armadura se la llevaron los enanos herreros del norte que los acompañaban para reparar el equipamiento de guerra.

Después de muchas lunas y de averiguar lo más que pudo sobre el senfir, Aënis emprendió un viaje de búsqueda. Su consejero real, el duque de Mozzilin, quien era también uno de los aristócratas más nobles y gran opositor de Garendir, quedó a cargo del Reino de Maënspanes, y le pidió que se preocupara por sus deberes reales y encontrase y se casara, pues no podía ser coronada reina sin un príncipe consorte.

Aënis accedió a casarse y le pidió a Mozzilin que organizase un torneo en ambos reinos, enfatizando que el vencedor se enfrentaría a ella en combate y si le ganaba, podía tomar su mano en matrimonio, pero su prioridad en ese momento era saber qué había sucedido con lhmtaro, y emprendió su viaje por todo el territorio de Aênbar. Contactó a todos los enanos repartidos en el reino, y muchos de ellos le dijeron que habían oído el rumor sobre un espíritu que se escondía en las profundidades de los bosques del norte porque le tenía pavor a los rayos del sol. Reuniendo más información al respecto, llegó a un pueblo en Gryndermalt en donde se hablaba de la presencia de un elfo oscuro. Aunque Garendir había sido derrotado y todo volvió a la normalidad, aún existían animosidades entre elfos y humanos, y los senfires se habían aislado completamente del resto de la civilización.

Cuando llegó a Stilth, dio con el enano armero que tenía la armadura completa y éste le reveló muchas cosas sobre Ihmtaro. Le reveló que el senfir no volvería al Nithera nunca jamás porque su difunto padre era un humano oriundo de Stilth, y que su madre, miembro de la nobleza senfir, se había suicidado para limpiar así la falta cometida, pues lo que había hecho era inaceptable. Así se enteró que Ihmtaro era un paria errante que luchaba a favor de los humanos y los senfires con el fin de proteger a ambos pueblos de cualquier amenaza, y que siempre había vivido en total soledad y aislamiento, interactuando de vez en cuando con los enanos para que le reparasen sus armas y su armadura. Aënis sabía que el senfir necesitaba esa armadura, y decidió negociar con el enano para que se la vendiera a cambio de todas las joyas que ella llevaba consigo. Cuando unió la armadura con el guantelete, ésta se desfragmentó y se guardó mágicamente. Aënis volvió a la cueva de Stilth donde el senfir le había revelado su nombre y su propósito, pero estaba abandonada.

Algo triste, salió hacia la costa a caminar por la orilla del mar mientras observaba el amanecer, pero fue interrumpida por un ególatra caballero de pesada armadura, quien le comunicó que había sido el vencedor del torneo y que venía a pedir su mano en matrimonio. Aënis le dijo que tenía que derrotarla si quería casarse con ella, cosa que el caballero no pensó dos veces y se abalanzó sobre ella, pero Aënis fue más rápida y de una sola zancadilla lo tiró a la orilla del mar. Ella le dijo al caballero que esa armadura era tan pesada como su ego, y que no lo salvaría de morir ahogado una vez subiera la marea. Además, su poca humildad lo hacían un pretendiente indigno y que jamás podría amarlo como esposo. Al escuchar sus propias palabras, Aënis tuvo la revelación de que no sólo estaba buscando a Ihmtaro porque quisiera devolverle su armadura: lo estaba buscando porque tenía sentimientos hacia él, y si escuchaba a su corazón, éste le diría dónde encontrar al joven senfir. Ayudó al humillado caballero a ponerse de pie y emprendió el último viaje que la reuniría con el joven senfir que le salvó la vida en los riscos de Inën, siempre prestando atención a todo lo que su corazón le indicaba.

Finalmente, dio con el paradero del senfir en las brumosas tierras del norte de Stÿena. Se había confinado en un castillo abandonado en las orillas de un precipicio, en un pequeño pueblo abandonado infestados por ghouls salvajes y otras bestias carroñeras, donde el sol casi nunca brillaba. Aunque el castillo y sus alrededores estaba atestado de almas en pena, eso no fue impedimento para que Aënis fuera a buscarlo en la torre más alta, y ahí estaba él, encerrado en una de las habitaciones. Su cabello había crecido y estaba algo enmarañado, y a pesar de estar más delgado y verse más escuálido, seguía imponiendo respeto con su presencia. Aënis le mostró el guantelete y éste lo quedó observando un momento, como si no pudiese creer lo que sus ojos estaban mirando. Lentamente posó sus dedos sobre la pieza de metal y la armadura se desplegó y cubrió todo su cuerpo, como en los viejos tiempos. Ihmtaro soltó una carcajada de felicidad, tomó a Aënis de la mano y ambos se lanzaron por la ventana de la torre hacia el precipicio, donde el dragón marino los estaba esperando para llevarlos de vuelta a Maënspanes.

Ambos fueron recibidos como héroes en el castillo, e Ihmtaro fue condecorado Máximo Caballero de Maënspanes y se le otorgó el título de Marqués de Fyrardyr en el reino de Symbelyn, pues su presencia en la batalla contra Garendir y su lealtad con los humanos fueron vitales ambos reinos. Para que pudiese disfrutar del encantador y soleado clima del Sur de Aënbar y vivir como un humano normal, Ihmtaro tuvo que sacrificar su lado senfir, y para que eso pudiera ser llevado a cabo, la persona que él más amaba debía hacer un sacrificio también, y Aënis renunció a su magia durante el ritual que lo convertiría en humano completamente. Perdió todas las características que lo hacían verse como senfir, pero siguió manteniendo su honorable presencia y sus ojos verdes tan característicos.

Así concluye la historia de Aënis de Lunderwend y el caballero de la armadura azul, quienes se convirtieron en reyes de Maënspanes y Symbelyn y reinaron durante muchos años, trayendo paz y prosperidad a todo el Sur de Aënbar. Si bien con el pasar de los siglos el linaje de los Lunderwend se perdió entre guerras y usurpaciones, la leyenda de Aënis sigue presente en todos los reinos humanos y todos la recuerdan a ella

y a su compañero lhmtaro con mucho respeto. Siempre que hay luna nueva, los trovadores cantan la Canción de Aënis, recordando su valentía, su determinación, su bondad y su belleza selénica.

Cuentos del Árbol

Autor: Erü

I. Cero.

Fuerzas de cielo mar y fuego, por sobre las penumbras de plataformas de imágenes.

En la hora en que el tiempo marcaría cuatro ceros, mientras las distancias se acortan. Elementos de transición en movimiento perpetuo y continuo.

Sonidos de vírgenes voces proviniendo de las estrellas, se mezclan con infinitos ases de luz intermediarios en materia y polvo de luz.

Encuadramientos y cuantificaciones, se esparcen determinadas por la numerología diseñada.

Ocurre que les hablo de diseños sin mucho azar, numerología de cero e infinito cargan en cadenas del espacio inmensurable.

Una resolución gradual, comienzo y final a la vez, tras una bendición a la falta de destino.

La estrella vive.

II. Cero y Árbol.

Como todo inicio, comenzó sin ser nada y a la vez contenerlo todo.

Fue semilla sin saber serlo, porque nadie supo si tal vez antes fue algo. Fue así como nació, al menos eso pensó.

Supo que nunca fue nada durante la oscuridad, sin embargo, ¿quién sabe de sombras cuando no existe la luz? Fue la oscuridad quien le enseñó cómo existir y fue la luz quien le enseñó cómo vivir. La luz tomó forma de estrellas y la oscuridad tomó forma de tiempo.

El Eco se pronunció desde lo profundo de una estrella y tomó forma de voz. Única y armónica, frágil e imponente en una sola. “Eres vida en el tiempo... eso es lo que debes ser esta vez”. Fue en aquel momento cuando el Eco se extinguió, y comenzó a sonar el silencio.

Quién sabe cuánto tiempo pasó hasta que creó su propia voz “¡Soy semilla!” Ése fue su primer aliento.

III. Árbol y Montaña.

Comenzó sin ser nada conteniéndolo todo, sólo para querer ser algo y no alguien.

Fue así como dio un primer paso, su favorito. Una gota de agua cayendo en la caverna y la luz haciendo ruido y burbujas.

Vio una fisura bajo sus pies, sin perder la forma y su color. Vio que se alejaba, pero sabía hacia donde iba. No tuvo otra opción más que entrar; “¡Alegría!” (pareció decir). La escalera hacia la Montaña era muy empinada, aun así, quiso seguir.

Al andar vio que las flores brotaban por las rocas. Supo agradecer por la bienvenida. Fue ahí cuando escuchó una voz en eco, en algún lugar: - “Tendrás que encontrar una estrella, para que alumbre este sendero”-. Aquella tenue voz venía desde la cima, era un sonido frío y duro como el polvo de hielo, un tanto seco y ahumado. Más que el más alto árbol que conoció de alguna otra vida. - “Yo quiero ser esta vez”- le dijo desafiante mirando al cielo.

Fue ahí cuando sacó de sus raíces el brillo de Asmita, quién se posó sobre una de sus ramas.

No hubo necesidad de hablar más y partió su rumbo. Así lo quiso la Montaña, quién esbozó algo que parecía una sonrisa.

IV. Árbol y Estrella.

... Sucedió que se detuvo, parecía como si le gritara al cielo - “Nunca dejaré de mirar al cielo, no dejaré de esperar a ver aquella estrella que viaje junto a mí, por sobre aquel manto de brillo cósmico, dejando un

lienzo donde dibujar y pintar la vida que queramos, sintiendo la necesidad de romper el tiempo. Puede que tan solo suba a la montaña más alta del universo y mi aliento sólo alcance la tropósfera. No aprendo a rendirme ni tampoco a dejar de sonreírle al dolor. Mirar al cielo es lo mismo que mirar a través de tus ojos, y perderme entre todas las constelaciones en un solo instante. Puedo pedirle a las nubes que vengan conmigo a convertirnos en polvo de estelar, y hacer que la luz de tu rostro guíe mis sueños más allá del camino. El tiempo lo guardo bajo mis raíces desde aquel día en que decidí dejar de saber esperar". Sucedió que se levantó a seguir su camino.

V. Árbol y Lluvia.

Supo recordar aquella noche.

"Quién era más sino Lluvia. Lluvia en el pensamiento, lluvia en la esperanza, lluvia en la tristeza. Soplo de vida eterna que nace desde el cielo." de donde él venía. "Cantos de tu voz ciega y solemne. De pureza indeterminable. Haces que el tiempo exista a tu antojo, y que la historia nazca de ti. ¿Qué sería de ti sin mí? Sin mi oído y mi pulso. Cuán maravillosa es tu anécdota en el tiempo eterno. Haz brillar la luz y materializa los colores del cielo. Necesito de tu vida para poder sentir, tanto como de tu sueño para poder sonreír. Haz la eternidad hecha noche, que tu luz cubra los lamentos al cantar tu canción antes de dormir. Te dejo mi tronco abierto y mi corazón despierto, mi inconciencia a tu merced, a cambio tengo luz oscuridad y absoluta falta de temor. Es más fácil cuando te siento y tan real que pareciera que vivo".

Más nublado se tornaron los recuerdos y añoradas fueron las sensaciones.

Traición

Autor: Rosette Constantine

¿Serías nuevamente ese maravilloso ser que juré proteger? ¿Serías otra vez, aquel hombro en el que me podía apoyar? ¿Tratarías de volver a engañarme si te entrego nuevamente mi corazón?

Miro tus ojos, tan negros y profundos. Oigo detenidamente tu respiración entrecortada. Mi mente se transporta a aquel pasado, en el que nos amábamos y protegíamos como verdaderas hermanas. Mi alma acaricia aquellos pensamientos y susurra que me dañarás otra vez. Ni en esta vida, ni en miles de ellas te habría traicionado: jamás habría empuñado la espada en tu contra. Juré protegerte, apoyarte y por sobre todo, serte leal, tal como tú lo hiciste. Entonces... ¿Por qué rompiste mi corazón?

Contra mis deseos, levanté mi juramento de lealtad y prometí que no me vengaría, pero soy incapaz de pasar más acciones por alto. No puedo ignorar que hiciste tantas cosas en mi contra y desconociste por completo todo amor fraternal que pudimos tenernos en algún momento. Nuestra vida juntas se volvió un tenue recuerdo en los pasillos de mi mente, apagándose lentamente hasta quedar en la más completa oscuridad.

Ahora ruegas piedad, mientras mis rodillas tiritan y el verdugo toma entre sus manos tu cuello para acomodarlo en un grueso tronco. Mi corazón se triza, arde y estalla. Siento que cada recuerdo juntas arde en llamas y se transforma en una pasta como lava recalcitrante, viscosa, purulenta, oscura y negra como tus ojos...Y tu corazón.

El oráculo me lo dijo...y no quise oír, mi amor por ti era más fuerte que mi lógica, que mis presentimientos, más que mis instintos. Hoy muere una parte de mí, hoy despido mis últimos atisbos de inocencia: ¿Cómo pude ser tan ciega? Ahora todas las piezas calzan, todo comienza a tener el sentido que jamás le encontré...Por fin entiendo que trataste de acabar con mi vida mientras dormía, me envenenaste, pusiste a los consejeros en mi contra, trataste de usurpar todo lo que tenía. ¿Cómo alguien que se hizo llamar mi hermana haría semejantes actos tan terribles?

Oigo a lo lejos el clamor de los súbditos, el fervor del pueblo y las acaloradas peticiones, sus gritos retumban en mi cabeza y hasta lo más profundo de mis entrañas... ¿Cómo puedo estar de pie frente a toda esta gente que clama por tu muerte? ¿Cómo no me derrumbo ante tanta traición?

El rey toma mi mano y me susurra una pregunta que congela mi sangre: "¿Qué orden darás?". Mis rodillas tiritan nuevamente, aprieto su mano y me muerdo los labios. Miro la plaza pública, observo a toda esa gente enfurecida por tu traición, por tu conspiración en mi contra. La gente clama porque te mate... ¿Es lo que realmente quiero?

El verdugo me mira detenidamente sin pestañear, debe esperar mi respuesta. El rey nuevamente me pregunta, el clamor del pueblo se hace más fuerte, los gritos no me dejan pensar. Siento que mi corazón se va a detener, los gritos continúan y me ahogo en rabia y tristeza contenida. Mi corazón recién termina de comprender y asimilar todo lo que ocurrió y lo que vendrá después. Me ahogo en la traición, siento como aquella masa viscosa y purulenta se desliza por mis entrañas y cae al suelo. Me libero de toda culpa, me libero de toda tristeza.

¿Volverías a ser nuevamente ese ser maravilloso que juré proteger? ¿Serías otra vez, aquel hombro en el que me podía apoyar? ¿Tratarías de volver a engañarme si te entrego nuevamente mi corazón? Sé que si...Por eso hoy dicto tu sentencia de muerte.

La Defensa

Autor: Rosette Constantine von Black

Desperté como si hubiese vuelto de la muerte. Un ahogo doloroso hizo que me sentara en un segundo, el aire volvía a mis pulmones, como el agua a la tierra agrietada por la sequía. Desde lo más profundo, la vida regresaba a mí.

Me incorporé con desesperación, jadeaba y tocaba mi pecho moviendo las manos sin control. Una mano tibia calmó mi pánico. Quedé en shock o embozado... o en trance, desconozco que sucedió conmigo en ese instante, pero levanté la mirada... y una hermosa dama de cabellos de oro y ropajes de plata, me miraba con ternura, parecía que su piel fuera transparente, pues casi brillaba, irradiaba solemnidad. Recuerdo que me calmó con dulces palabras, pero jamás le vi mover los labios. Con sumo cuidado, curaba una herida superficial en mi pierna. Sonreía y me hacía sentir en paz... Hasta que un recuerdo regresó a mi cabeza.

Tú y yo, estábamos caminando por el bosque... recolectábamos setas y hierbas. Paseábamos en silencio disfrutando de la compañía del otro. Observamos los árboles más antiguos que rodeaban nuestro pueblo, finalmente nos sentamos bajo el Roble más antiguo de toda la región, el cual resguardaba a nuestra gente desde el inicio de nuestros días.

Bajo ese Roble, prometimos estar el uno para el otro siempre: apoyándonos, cuidándonos y siendo buenos amigos, hasta que la dama nocturna quisiera llevarnos a descansar en su reino. Nos tomamos de las manos y juramos que así sería... El vetusto testigo de nuestro juramento, nos regaló una lluvia de hojas otoñales que caían con suavidad. Fue un momento bello, que atesoraré por siempre en mi corazón.

El cuerno sonó una vez, a ambos permanecimos en silencio. Tomamos la cesta y corrimos hacia nuestro pueblo. El cuerno sonó por segunda vez, mientras emprendíamos una frenética carrera nos miramos, tratando de calmar con la mirada al otro. El cuerno sonó por tercera vez, tú detuviste la carrera y me diste

un tirón en el brazo. El cuerno sonó por cuarta vez: eran orcos. Me abrazaste y trataste de no llorar, te aferraste a mi como si tu vida dependiera de ello.

- Tenemos que ir – te susurré con cariño

Tú...asentiste con la cabeza, cambiaste de semblante enseguida. Tomaste mi mano y corrimos hasta llegar a nuestro hogar, entramos por una puerta trasera, buscamos en silencio nuestras armas. Los gritos empezamos a oírse a lo lejos, los caballos, las espadas, los soldados buscándonos.

Mi querido amigo Arhan nos esperaba en el umbral de la puerta con una sonrisa triste. Nos saludamos en silencio y salimos juntos a defender la entrada del pueblo.

- No son muchos – comentó Arhan- pero tienen trolls

- Mala hora para nosotros – suspiraste – recién se puso el sol

Corrimos hasta las puertas de nuestro pequeño reino, el cuerno sonó nuevamente cuatro veces. Miré a mi alrededor, estaba sorprendido de la fuerza de nuestro pueblo...a pesar de ser casi solo granjeros, artesanos y herreros, nadie faltaba allí para defender lo nuestro. Las incursiones de los orcos eran poco frecuentes, casi no las había, pero cuando ocurrían, por lo general...los pueblos lo perdían todo, eso nos contaban los ancianos, esta no sería la ocasión de perder. No nos dejaríamos vencer, jamás.

El padre de Arhan, Albhan, era el capitán de la guardia y comenzó a dar instrucciones a todos los hombres y mujeres que se habían reunido allí. Con gritos de batalla y palabras llenas de fuerza, coraje y energía... nos imbuyó de aquel espíritu guerrero que llevábamos dormido.

La luna brillaba a lo lejos, aún sin terminar de salir por las montañas. El cuerno volvió a sonar... batalla comenzaría pronto. El rugir de los orcos a lo lejos nos hizo estremecer. Jamás habíamos visto un orco de cerca, sólo habíamos oído leyendas de antaño...de tiempos los nuestros, casi no recuerdan, pero que los ancianos jamás nos dejaron olvidar. Desde pequeños nos enseñaban sobre ellos, porque decían “algún día volverán y tienen que estar preparados”. Hoy era el temido día.

Albhan levantó su espada y con un grito de guerra, supimos que la batalla empezaría. Estreché tu mano con fuerza y me miraste, pero fui incapaz de voltearme, porque sabía que verías el miedo en mí. Otro grito de Albhan y el rugir a lo lejos dieron pie a la batalla. Estábamos de pie, a las afueras de la pequeña fortaleza que protegía a Annúdhlas, nuestro pueblo. Espadas, hachas, palas, lanzas defenderían el trabajo de años. Una mancha oscura comenzó a acercarse a nosotros, tambores y gritos, eran su forma de asustarnos, sin siquiera vernos, sólo podíamos observar que, en el bosque, los árboles crujían y caían. Los tambores comenzaron a sonar más rápido, como los latidos de nuestro corazón. Tomé la espada con ambas manos, como Arhan nos había enseñado. Los orcos salieron del bosque. Albhan lanzó el último grito y todos salimos en defensa.

No pensé que resistiría de tal manera, jamás había luchado contra orcos y sé que tú tampoco. Todos nos movíamos con destreza, cortando cabezas, encestando lanzas, desmembrando enemigos. Las enseñanzas de nuestros ancianos habían servido... nos entrenaron para un ejército casi imaginario, pero sentí orgullo, luego de verte matar un orco, que las enseñanzas habían sido para los más fuertes y hasta los que no poseían mayor fuerza...y lo aprendido, nos mantendría con vida.

Resistíamos con dificultad, pero nada sería imposible. Vi caer a muchos, personas que vi crecer a mi lado, daban su último respiro sin distinguir ocupación, edad o sexo. Los hombres más fuertes y grandes de Annúdhlas arremetían en contra de los trolls, mientras que los demás tratábamos de extinguir el ejército de orcos negros. Teníamos miedo, pero el perder todo el trabajo de nuestra vida y más aún...perder a nuestros seres queridos, eran el motor para seguir luchando, a pesar de la fatiga y el cansancio.

Luchamos valientemente, éramos tan solo 500 hombres y mujeres, en contra de lo que parecían 300 orcos y 10 trolls. Si bien éramos más, los orcos eran más rápidos y fuertes, terriblemente fuertes. Sentí un duro golpe en la pierna, caí de rodillas. Perdí la respiración por unos segundos, mi espada cayó al suelo. Tú, apareciste de la nada. Luchaste en contra de quien tratara de herirme, jamás vi valentía tal. Arhan me ayudó y observó mi herida por unos segundos.

- No es tan grave – comentó ayudándote a defenderme - ¿Puedes seguir?

- Por supuesto – dije, olvidando el dolor de la flecha envenenada en la pierna –

Te observé por unos segundos, peleabas con una fiera impresión. Te recordé en tus momentos más tranquilos, caminando por el bosque, caminando, sonriendo...

- No perderemos nada – gritaste mientras, junto con Arhan, cortaban por la mitad al enemigo

Tomé mi espada y los seguí, batallamos sin descanso hasta que las fuerzas enemigas empezaron a disminuir considerablemente. A lo lejos, pudimos ver una imagen confusa, detrás de los 3 trolls que quedaban en pie, una silueta brillante caminaba desde el fondo del bosque. Sin dejar de pelear, mirábamos atónitos y con miedo. ¿Podía ser una nueva arma del enemigo?

- ¿Bajó la luna? – te oí decir

Lo que sigue es confuso, recuerdo estar en el suelo, oírte gritar, voltear la cabeza con mucho dolor...sentir el libre fluir de la sangre por mi rostro, ver tus manos extendiéndose hacia mí...y luego sentir que tus gritos se alejaban lentamente...mientras mi cabeza estaba a punto de estallar. Arhan se acercaba arrastrándose hacia mí, pero ya no oía nada. Mi amigo tocaba mi hombro y se veía sumamente exhausto, tenía una profunda herida en su rostro, que surcaba toda su frente. Me hablaba...pero yo no oía nada. Trataba de buscarte, pero no estabas en ninguna parte. Sólo veía piernas, espadas, cabezas degolladas. De pronto, un brillo insoportable... y después. Desperté de la muerte, o al menos eso sentí.

La dama blanca me miraba con tristeza, se sentó a mi lado y me entregó un anillo. Tú anillo. Traté de ponerme de pie, pero el dolor en la pierna era insoportable. Miré a mi alrededor, estaba en un lugar completamente desconocido, me encontraba en una cama amplia, con las sábanas más suaves del mundo. Levanté la manta que me cubría y vi mi pierna, con un manchón negro y vendado cuidadosamente. Traté de pronunciar tu nombre muchas veces, pero no pude.

- Debo ir por Mhyla – pude decir al fin

- Sólo encontramos esto – dijo la dama blanca apuntando con delicadeza tu anillo

- Debo ir por ella – volvía decir – mientras me levantaba con dificultad de la cama

- Athonas – susurró la dama blanca – espero que tu búsqueda no te conlleve una gran decepción, pues me ha sido imposible encontrarle.

Me vestí con rapidez y salí de la habitación como pude, caminé con dificultad siguiendo mi instinto pues nunca había estado en aquel lugar. No sé cómo logré encontrar la salida y llegar a las caballerizas, pero Arhan me esperaba allí con dos caballos ensillados. No pregunté nada, sólo aguanté el dolor y me subí al caballo. Antes de irme, miré a las alturas de aquel bello palacio de mármol blanco que jamás había visto en mi vida... y allí estaba la dama de cabellos de oro, despidiéndose con una sonrisa. Asentí y emprendimos marcha.

Arhan me guió hasta llegar a nuestro pueblo, desconocía cómo mi amigo sabía la ruta, pero llegar a Annúdhlas era lo que necesitaba, luego de largos minutos de cabalgata, llegamos. Corrí por todo el pueblo, buscando entre los muertos, revolviendo los cadáveres listos para quemar, Arhan me ayudó. Había mucha gente desconocida, armaduras que jamás había visto. Hombres altos y de belleza desconocida para mí, con cuidado único, apilaban los cuerpos, recogían las armas, daban sepultura a los animales muertos.

- ¿Han visto a Mhyla? – le pregunté a uno, como si la conociera

El hombre bajó la cabeza con tristeza e hizo una seña negativa. Arhan me tomó por el hombro y me abrazó.

- Mi madre le buscó por todas partes – me dijo mientras le temblaba un poco la voz

Entendí entonces que la dama de vestiduras de plata era su madre... ahora comenzaba a comprender todo.

- Sé que Mhyla está viva – insistí –

Recorrí diez veces el pueblo y sus alrededores, mi corazón comenzaba a resquebrajarse como un trozo de hielo. Sentí que nada había valido la pena: ¿De qué me sirvió defender Annúdhlas si no te pude proteger? ¿Qué clase de hombre soy?

Tenía rabia, mi pecho ardía. Caminé conteniendo las lágrimas, no quería que aquellos desconocidos me vieran llorar. No podría entender la pérdida... Mhyla, mi querida Mhyla, ¿Por qué la dama nocturna te llevó primero? Corrí hasta llegar al gran Roble, me senté en sus raíces y comencé a llorar. Te había perdido, lo había perdido todo. Oí los pasos de Arhan a lo lejos, me buscaba...pero yo no quería ser encontrado. El dolor de mi corazón era punzante, como si una daga lo atravesara, quería morir y encontrarme contigo. ¿Para qué sobrevivir en batalla si ya no tengo a quién defender?

Me dormí, el gran Roble me consoló regalándome una manta de hojas otoñales para cubrirme...Sentía que me hacía uno con el suelo, pude percibir el latir el latir de las raíces, la respiración de los árboles y su susurrante canto.

- ¿Athonas? – oí

- ¿Athonas? –

Era tu melodiosa voz...